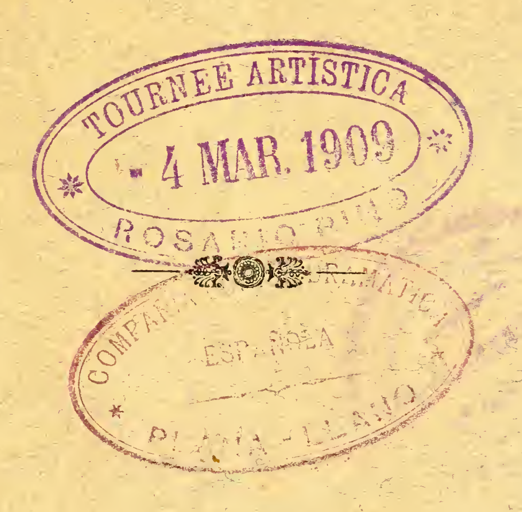
JACINTO BENAVENTE

POR LAS NUBES

COMEDIA EN DOS ACTOS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

POR LAS NUBES



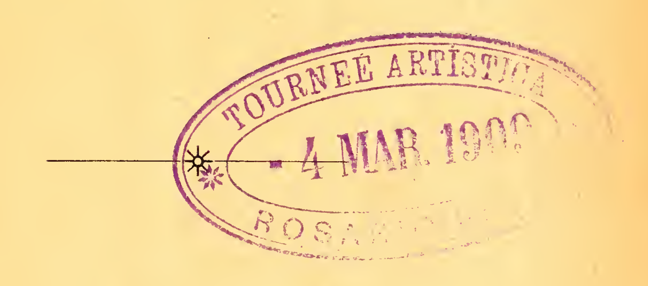
POR LAS NUBES

COMEDIA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenada en el TEATRO LARA el 20 de Enero de 1909



MADRID
B. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11
Teléfono número 551

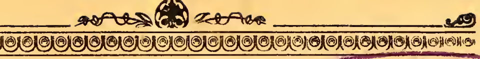
1909

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CARMEN	Sra. Rodríguez.
DOÑA TERESA	Echevarría.
EMILIA	Srta. Moreno.
LUISA	Sra. Ortiz.
ADELAIDA	Srta. Alba.
PAQUITA	Pardo.
RAMONA	Otero.
JULIO	Sr. Puga.
DON HILARIO	Rubio.
PACO GALÁN	Simó-Raso.
CRISTÓBAL	Mora.
MANOLO	Barraycoa.
PEPE	R. de la Mata.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor





ACTO PRIMERO

Comedor muy modesto en casa de doña Carmen

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón sale RAMONA por el foro izquierda con una taza y JULIO aparece en escena

JULIO ¿Qué sucede? ¿Es mi hermana?

RAM. Sí, la señorita Luisa que está con el ataque; la ha dado después de comer... Voy con esta tila á ver si se la pasa.

JULIO ¿Está mamá con ella?

RAM. Sí, señorito Julio.

JULIO Si pregunta por mí dices que ya no estaba en casa... Tengo que salir con precisión, no puedo detenerme. Supongo que no será nada, como siempre.

RAM. Claro está. Es que hay días que necesita una gritar sin saber por qué.

JULIO ¿También tú tienes nervios?

RAM. Ya lo creo; sólo que yo me desahogo cantando. El día que me oye usted cantar, ya puede usted decir: á la Ramona le está pasando algo.

JULIO Pues debe de estarte pasando á todas horas.

CAR. (Dentro.) ¡Ramona! ¡Ramona!

RAM. ¡Ay, que llama la señorita! Ya voy señora.

JULIO — Que no digas que estaba en casa. (Vase por el foro.)

RAM. — Descuide usted.

ESCENA II

DOÑA CARMEN y RAMONA. Doña Carmen sale por la derecha

CAR. — ¿Pero qué haces, mujer? ¡Para traer una taza de tila!

RAM. — Si es que...

CAR. — ¿Quién hablaba contigo?

RAM. — ¿Conmigo?

CAR. — El señorito Julio, ¿verdad? Que se ha ido sin entrar á ver á su hermana. ¡A él, aunque se hunda la casa y nos muramos todos! ¡Qué egoísmo de hijo! Por supuesto, no era así antes. Es la dichosa novia, los dichosos amores que me van á quitar la vida. ¿Iría de gabán y sombrero de copa? Antes no quería vestirse nunca... Trae esa tila. Y tú concluye de quitar la mesa. ¿Avisaste á don Hilario?

RAM. — Sí, señora. No estaba en casa; que le darán el recado en cuanto vuelva y bajará enseguida. (Timbre.) Puede que sea éste... (Vase doña Carmen por la derecha y Ramona por el foro. A poco vuelve Ramona con Pepe por el foro.)

ESCENA III

RAMONA y PEPE

RAM. — ¿Pero cuándo va usted á tener formalidad, señorito Pepe?

PEPE — ¡Calla, mujer!

RAM. — ¡Yo no sé á qué está usted acostumbrado! A esas criadas de las casas de huéspedes.

PEPE — Y ¿cómo sabes tú que las criadas de las casas de huéspedes son más amables que las demás criadas?

RAM. — He servido en una.

PEPE — ¡Ah... entonces!...

RAM. Pero una y no más.

PEPE Bueno, y ¿qué domingo vamos á comernos ese arroz en las Ventas?

RAM. ¿Lo tiene usted ya encargado? Porque se va á pasar. Y ya le he dicho á usted que el señorito Julio no está en casa.

PEPE Ya lo sé; por eso he venido. Mi visita de hoy es para su madre, para doña Carmen.

RAM. Entonces pase usted á la sala.

PEPE Aquí estoy bien, yo soy de casa. Anúnciame.

RAM. Pues si viera usted que la señorita Luisa está con el ataque y no sé si podrá usted ver á la señora.

PEPE Tú dí que estoy aquí; con eso cumplo. Así como así no creas que la entrevista me hace mucha gracia. Será para preguntarme cosas.

RAM. Sí, del señorito Julio. La señora está á mal traer conque tenga novia y quiera casarse. No sabe hablar de otra cosa. ¡Como si no fuera lo más natural en un joven! Ya ve usted... Si no fuera novia, sería otra cosa... Es que las personas, en llegando á cierta edad, no se acuerdan que fueron jóvenes... Y á cada edad lo suyo.

PEPE (Abrazándola.) ¡Eso es! A cada edad... lo nuestro.

RAM. ¡Que se esté usted quieto!

PEPE ¡Anda ya, negra, que marcas cuarenta y ocho á la sombra!

RAM. ¡Pero qué señorito este más chulo! (Vase por la derecha.)

ESCENA IV

PEPE; á poco DOÑA CARMEN por la derecha, seguida de RAMONA que se va por el foro

PEPE ¡Señora!

CAR. ¿Cómo está usted, Pepe?

PEPE Sabía que Julio no estaba en casa á estas horas y como me dijo usted que me agradecería tanto que viniera, que deseaba usted hablar conmigo...

CAR. Sí, le agradezco á usted mucho su amabilidad. Siéntese usted.

PEPE Me ha dicho la muchacha que Luisa está algo delicada.

CAR. Lo de siempre, los nervios. Esa muchacha me tiene desesperada. La han visto los mejores médicos. ¡No quiera usted saber á costa de cuantos sacrificios!... ¡Figúrese usted, en nuestra posición; con el sueldo de mi hijo y mi viudedad!... ¡Y lo que cuesta la vida en Madrid!

PEPE Ya, ya, sí señora. ¡Bueno está todo!

CAR. Pues usted aún está tan ricamente. Tiene usted el mismo sueldo que mi Julio, pero es usted solo... y sabe usted vivir... usted no piensa en casarse.

PEPE No, señora, no. ¡Qué disparate! ¡Quién piensa en eso!

CAR. Y ustedes los hombres que siempre están en buena edad y á tiempo para todo. Es lo que yo le digo á mi Julio... Pero, sí sí. Ya sabrá usted... Y de eso quería hablar con usted. Usted es su amigo de confianza; antes iban ustedes siempre juntos.

PEPE Sí, señora; hasta que él empezó con sus amores...

CAR. ¡Sus amores! ¿Qué le parecen á usted? Yo á él nada quiero preguntarle, porque siempre que hablamos de esto es para tener un disgusto... Pero usted sí sabrá... ¿Cómo van esas relaciones? ¿Es que él piensa casarse?

PEEE Pues le diré á usted, él está muy colado... Y lo que yo le digo, te vas colando más cada día... Eso sí... la muchacha es preciosa...

CAR. Pero, ¿quiere usted decirme? Si se casa... ¡Qué porvenir el de ese muchacho! ¡En lo mejor de su vida! Con su triste sueldo... usted sabe lo que es eso en Madrid... ¿Pero usted sabe lo que es una familia?...

PEPE Sí lo sé, sí señora; que en mi casa nos juntábamos cinco hermanos... y nada bastaba.

CAR. ¡Como Julio no sabe lo que su pobre hermana y yo pasamos para que á él no le falte nada! Nosotras á coser, nosotras en la coci-

na, nosotras á planchar... y mi pobre Luisa que se ayuda con algunas labores para sus gastillos á costa de su salud... Y claro está, como él siempre lo encuentra todo á punto, su ropa bien cuidada, sus camisas mejor planchadas que de planchadora, sus primores de cocina que con una triste criada, dígame usted cómo sería posible si nosotras no atendiéramos á todo. Y todo esto le faltará si se casa con una señorita, pobre como él; porque usted sabe que esa muchacha no cuenta con nada, su madre vive atendida á una modesta pensión como yo; gracias á que tiene algunos parientes que están bien y la ayudan en algo. Pero ¿qué es eso? En cambio, ella no está acostumbrada como yo, como mi hija... usted lo sabe. Dígame usted, pensar en casarse, en esas condiciones, ¿no es un disparate?

PEPE — Un disparate, sí señora; casarse sin dinero es un disparate. Estando como está Julio, con ustedes, bien atendido.. ¿Que lo pensara yo, harto de patronas y de rodar por casas de huéspedes? Y aun así no lo pienso, y si lo pensara algún día sería con mi cuenta y razón.

CAR. — Usted tiene sentido práctico... usted sabe lo que es la vida. ¡Pero este hijo mío!... Y ¿cree usted que él piensa casarse muy pronto?

PEPE — Eso dice.

CAR. — ¡Válgame Dios, válgame Dios!

PEPE — Cuidado que yo he procurado distraerle, pero no le distrae nada. Tengo unas paisanas amigas que dan reuniones y se divierte uno mucho, y que allí no hay peligro, ninguna piensa en casarse... Se han echado sus cuentas, ¿sabe usted?... y les va mejor así... Pues no ha habido modo de llevarle. Al teatro tampoco; ya no le divierten ni las piececitas de Eslava...

ESCENA V

DICHOS y LUISA

LUISA (Saliendo.) ¡Mamá!

CAR. ¿Cómo estás, hija? ¿Se te ha pasado ya?

LUISA Sí, ya estoy mejor... Hola, Pepe...

PEPE ¿Pero qué males son esos, Luisita?

LUISA Le he oído á usted hablar y no he querido dejar de saludarle.

PEPE Lo agradezco mucho.

LUISA Ya no viene usted por aquí como antes.

PEPE Como Julio no está nunca y ustedes tienen sus atenciones...

LUISA Y usted está muy entretenido. Ya me han dicho que le ven á usted por ahí.

PEPE Sí; por ahí ando siempre.

LUISA Ya sabe usted lo que quiero decirle... por ahí, muy enamorado.

CAR. No lo creo. Pepe tiene más juicio que tu hermano Julio.

LUISA Es que Pepe pica más alto. Ya sabe él á quien me refiero; el padre trajo mucho dinero de Cuba.

PEPE De Filipinas; pero es igual; el caso es que lo trajo.

CAR. ¡Vaya, vaya! ¿Conque esas tenemos? Le deseo á usted buena suerte.

PEPE No haga usted caso... Yo no puedo aspirar, un empleadillo de mala muerte... Hágase usted cargo: sólo para presentarme donde ella se presenta, no me alcanzaba el sueldo. Ya sé que hay quien pide á cuenta de la dote... No, y si yo encontrara... Porque la muchacha me distingue. ¿Para qué voy á decir otra cosa? Y el padre no me pone mala cara; ni las hermanas tampoco; como que yo creo que hay una á la que le gusto más que á la que á mí me gusta. La madre, sí; la madre es terrible; cada vez que me ve, vuelve la vista hacia otro lado y es cuando yo creo que me está mirando, porque es bizca del todo.

LUISA Pero la muchacha es guapa.

PEPE Según la que usted diga, porque son tres y hay de todo. La mía; digo la mía por distinguirla; es regular, regular nada más. Ahora que como se visten muy bien: llevan de estos trajes de moda, más ceñidos que una faena del *Machaco*, que parecen las mujeres un paraguas liado.

LUISA ¡Qué cosas se le ocurren á usted!

PEPE Con estas cosas es con lo que va uno teniendo partido. Hay tanto pollo litri por ahí con mucho dinero y con mucho automóvil y con tan poca gracia... que ¿por qué no ha de competir uno? Yo sin dinero no me caso; me tengo hecha esa promesa...

LUISA ¡Qué metalizado está usted!

PEPE ¿Yo? No; los demás. Si á mí el dinero no me hace falta para nada, es á los otros; á la patrona, al sastre, al estanquero... En cuanto todos den en no pedirlo, verá usted qué pronto dejo yo de buscarlo... Pero mire usted, el matrimonio yo creo que se ha hecho para completarse y encontrar cada uno lo que le hace falta. A mí una mujer, sobre todo á diario, no me hace mucha falta, á Dios gracias; lo que me hace falta es dinero. Pues que hay una mujer en cambio que tiene dinero todos los días, pero le hace falta un marido, aunque no sea más que á medio turno, pues aquí estoy yo... y á completarnos.

LUISA ¡Pero sacrificarse á vivir siempre al lado de una persona á la que no se quiere!...

PEPE Si con dinero el matrimonio es como una visita de cumplido. ¿Usted cree que con dinero iba yo á estar al lado de mi mujer más tiempo del que estoy ahora al lado del jefe de mi oficina? Y por desagradable que sea una mujer, ¡no hay comparación posible con un jefe! Y habiendo dinero, cuando se está juntos, es para algo divertido: que el teatro, que la comida, que el automóvil, que el viaje de recreo... Además, ríase usted de las incompatibilidades de humor en el

matrimonio, lo que suele haber es incompatibilidad de gastos.

LUISA Da tristeza oir hablar así á un joven... Y no es usted solo, son muchos... ¿Qué podemos esperar las pobres?

PEPE Si son guapas, un marido rico; lo que yo digo; hay que completarse.

LUISA Y las que somos feas ó insignificantes...

PEPE ¡No sea usted modesta!

LUISA Las que no somos más que honradas, humildes, trabajadoras... Ya ve usted que no soy modesta.

PEPE Todos los hombres no piensan como yo... como yo digo que pienso, para darme ánimos, pero ¡si usted supiera que en el fondo soy más romántico que un lago á la luz de la luna! Lo que hay es... que tengo mucho miedo á la vida .. y al amor y á la falta de dinero. Porque he visto en mi casa escenas muy tristes; queriéndose mucho mis padres, queriéndonos mucho á todos sus hijos... Pero las necesidades eran muchas, el dinero poco... ¡Eso de que el cariño tenga que pedir cuentas que no sean de cariño! Miren ustedes: recuerdo algo que no se me olvidará mientras viva. Eramos muy pequeños los cinco hermanos; el menor cayó enfermo, la enfermedad se prolongaba, mis padres no querían escasearle ningún cuidado... Un día echamos de menos el postre en la mesa. No tenemos postre... dijo uno de los pequeños... No, contestó mi madre. No podemos gastar tanto. Hay que comprar medicinas al hermanito. Murió poco después la pobre criatura y pasado algún tiempo, normalizada ya la situación... vimos reaparecer el postre en la mesa... Todos los pequeños palmoteamos. ¡Ya tenemos postre, ya tenemos postre! Mi padre y mi madre se miraron tristemente... su mirada nos impuso silencio, un silencio angustioso... ¡Parecía que en vez de postre nos comíamos al hermanito!... ¿Comprenden ustedes que me asuste la idea de constituir una familia en la que puedan reproducirse

esas inocentes ferocidades, que de puro crueles no indignan, solo hacen llorar?

CAR. Sí; es cruel... Y si á usted le produjo tan honda impresión que no ha podido olvidarlo, ¡piense usted lo que sentirían sus padres! Eso es lo que no saben los hijos, la pena que es para los padres, cuando les vemos padecer, quejarse de la vida, carecer de tantas cosas, á que ellos creen tener derecho solo por haber nacido, porque ven á otros que sólo por haber nacido las tienen... Y entonces hasta nos pesa como un remordimiento el amor conque los tragimos á la vida... No nos atrevemos á llamarlos ingratos y preferimos culparnos á nosotros mismos... ¡Si los hijos supieran que por verlos á ellos felices, ni su ingratitud, con ser tan horrible en un hijo, nos dolería tanto como verlos desgraciados y con todo nuestro cariño no poder hacer nada para verlos dichosos!

LUISA ¡Mamá!

CAR. Usted perdone. Ahí tiene usted por qué me asusta la idea de que mi hijo se case... porque he vivido como yo no quisiera que viviera él, como no he querido que viva mi hija. También Luisa pudo casarse muy joven con su primo Manolo... Ahora ve lo que hubiera sido de ella, porque él se ha casado y tiene cinco hijos... Y en aquella casa todo es disgustos... La mujer enferma, los chicos siempre delicados... No hay cariño que resista... el carácter más dulce se tuerce, la paciencia se acaba. A todas horas son discusiones agrias, palabras que ofenden sin darse cuenta. ¡Si el cariño fuera todo en la vida, no hubiera habido mujer más dichosa que yo en este mundo, más querida por su marido, más feliz con sus hijos... Y con todo... si alguien viniera á decirme... ¿Quieres empezar la misma vida? Diría siempre: ¡No, no... mil veces, no! ¡Basta, basta! ¡Y pensar que sí puede empezar de nuevo, porque vuelve á empezar para mis hijos! ¡Ese hijo mío, ese hijo mío!...

PEPE ¿Quién sabe, señora? Puede que Julio sea muy dichoso... Eso depende del carácter y de las circunstancias... Figúrese usted que tiene la suerte de no tener hijos... ó que les toca la lotería... ó que se mueren los dos en la luna de miel. ¡Y tan felices!

CAR. ¡Qué atrocidades!

PEPE Ahora, por los pasos contados... será lo natural de siempre, lo que vemos en tantos matrimonios... Pero el mundo no quiere acabarse, señora... Y, ¡la verdad, si se casaran solo los ricos y solo los ricos tuvieran hijos, pues no se conocerían que eran ricos, porque irían descalzos por esas calles, porque no habría quien les hiciera un par de botas. Vaya, doña Carmen, yo dejo á ustedes... No quiero que me encuentre aquí Julio y crea que conspiramos.

CAR. Por eso no, lo menos hasta las once no vuelve nunca... No le detenemos á usted porque usted tendrá sus distracciones y nuestra tertulia no le divertirá mucho.

PEPE ¿Tienen ustedes tertulia?

CAR. La vecindad; por pasar estas noches de invierno. Cada noche nos reunimos en una casa; esta noche es aquí.

PEPE ¿Juegan ustedes á algo?

CAR. Ni eso; se charla, se lee el periódico... Hay quien se duerme...

LUISA Si quiere usted aburrirse alguna noche...

PEPE Pues alguna noche puede que caiga por aquí... Que usted se mejore, Luisita, y no me eche usted mala fama... Yo podré andar detrás de una mujer rica, pero ¡si usted supiera qué disgusto tendría el día que me hiciera caso!

LUISA Prefiero creerlo...

CAR. Adiós, Pepe, adiós... Y predique usted á mi Julio.

PEPE ¡Eso sí que no! ¡Señora! Cuando un hombre está tan colado, es inútil... Sería para disgustarnos y yo aprecio mucho á Julio, ya lo sabe él... como á ustedes, ya lo saben ustedes.

CAR. Muchas gracias, Pepe, muchas gracias. (Vase Pepe por el foro.)

ESCENA VI

DOÑA CARMEN y LUISA

CAR. Es un buen muchacho este Pepe, en medio de todo.

LUISA ¿En medio de todo?...

CAR. Lo digo, porque á primera vista parece un tarambana, con ese modo de hablar algo achulado y ese presumir que todas se enamoran de él...

LUISA Como no tiene mala figura y es tan dicharachero... Voy por mi labor.

CAR. No trabajes, hija. Si no estás buena. ¿Cómo te encuentras? ¿Por qué no te acuestas?

LUISA No, no dormiría.

CAR. Pues no trabajes... No quiero que te des malos ratos; bastante trabajas en la casa. Tengo ganas de que mejore el tiempo para que podamos salir todas las tardes á dar un paseito... Llevamos una vida aquí encerradas... Por mí, no lo siento; parece que lo hace Dios, estoy más fuerte cada día. Pero, tú, hija mía, estás en los huesos. No comes nada.

LUISA Si nunca tengo gana.

CAR. Ahora que me acuerdo, se ha concluido el vino de quina... mañana hay que traer otra botella.

LUISA Déjalo, mamá, si no me sirve de nada y es un gasto... Yo me pondré buena; quiero estar muy fuerte, porque quiero servirte de algo, trabajar...

CAR. ¡Pobre hija mía! No pienses en eso...

LUISA Sí, mamá... Ya ves, si Julio se casa, ya no podrá ayudarte, aunque él piense otra cosa... aunque él quisiera, su mujer no le dejaría... una nuera no es una hija.

CAR. Ni yo había de consentirlo... ¡Si él cree que es eso lo que me preocupa! Y por mí, menos, por tí si acaso... Yo estoy acostumbrada á todo... Bien pequeños erais cuando os

quedásteis sin padre... Es por él, por quien me preocupo... Un hermano no tiene idea de lo que es una casa, una familia... Piensa que su mujer será como nosotros. Pero Emilia tiene otras pretensiones...

(Se oye la voz de don Hilario en el foro)

LUISA Me parece que oigo la voz de don Hilario.

ESCENA VII

DICHAS y DON HILARIO, por el foro

CAR. ¡Don Hilario!

HIL ¿Qué es eso? ¿Cómo está la enferma? Me dijeron en casa que le había dado un ataque tan fuerte...

LUISA Mamá que se ha asustado.

CAR. Sí, señor, muy fuerte... Gracias á que se le ha pasado en seguida.

HIL. ¡Vaya, vaya! ¿Siente algo? ¿Opresión? ¿Palpitaciones?

LUISA No, ahora no.

HIL. De apetito ¿qué tal?

CAR. Nada; no come nada. Me tiene aburrida. Pero dígame usted, ¿no habrá medio de que esta muchacha se ponga buena? ¿Qué podríamos hacer, don Hilario de mi alma?

HIL. ¡Ay, señora! Podríamos hacer que ese balcón se abriera al mar ó al campo, en vez de dar á una calle estrecha y sucia; que esas ventanas de allá dentro se abrieran al sol y al aire puro, y no á un patio lóbrego, apestando á humedad y cocinas; podríamos hacer que con la luz y el aire, entraran el amor y la alegría en el corazón de Luisita.

CAR. Sí; tiene usted razón. Ese es el remedio.

HIL. Ya ve usted... Sol, aire, brisas del mar, olores del campo, ilusiones y deseos de amar, necesarios á la juventud... ¡Cosas que Dios ha prodigado en el mundo y que los hombres hemos puesto tan caras! Créalo usted, á los médicos no nos desesperan tanto esas muchas enfermedades que todavía no ha logra-

do vencer la Ciencia, esos males certeros, cuya causa y cuya curación ignoramos, como estos otros en que no es la muerte, sino la misma vida el enemigo; estos males que conocemos bien y sabemos cómo han de curarse... Estos males que no tienen más que un nombre: miseria. A otras personas no las hablaría así, porque hay vanidades ridículas que se ofenden. Pero aquí soy el amigo. Desde que somos vecinos y tuve el gusto de tratar á ustedes, me intereso tanto por ustedes.

CAR. Ya lo sé, don Hilario; es usted tan bueno, tan generoso con nosotras... Y usted debe perdonarnos que alguna vez abusemos de su generosidad, pero su presencia me consuela tanto.

HIL. De eso no hay que hablar, señora... Como digo, la enfermedad de Luisita no tiene más que un nombre: pobreza, pobreza de sangre, pobreza de vida... pobreza de todo. Y aunque, haciendo ustedes un esfuerzo, pudieran cambiar de vida por una temporada, ¿qué adelantaríamos? Si después era inevitable la compensación, que vendría con mayores angustias, con mayores privaciones... Yo sé bien que hay médicos, yo los envidio, que consideran al enfermo como un ser abstracto, y lo mismo se atreven á recetar viajes costosos y buenas raciones de solomillo y Champagne del caro cuando llegan á una casa en ascensor y entran pisando alfombras, que cuando suben los cien escalones de una bohardilla y pisan baldosines desamparados. Yo tengo la desgracia de hacerme cargo... y hay quien no lo agradece. De algunos sé yo que van diciendo por ahí: este don Hilario no entiende mi enfermedad, no me receta nada... Y es que yo me digo: ¿pero qué voy á recetar aquí? ¿Billetes de mil pesetas? Y lo único que puedo hacer... es hacerme el distraído y no mandar la cuenta; ya que no pueda uno dar la salud, que no contribuya á quitarla.

CAR. Pero todos no son como usted.

HIL. Ya lo sé, señora; ya sé que hay doctores que por una operación de esas en que todo sale bien, salvo el paciente, que suele morirse, cobran más que un matador de cartel... Pero ¿en qué templo no hubo mercaderes? Para los que la respetamos como un sacerdocio, nuestra profesión es demasiado triste.

CAR. ¡Verán ustedes tantas lástimas y sin poder aliviarlas!...

HIL. Sí, señora. Algunas he visto yo en mi vida profesional. Figúrese usted; yo empecé mi carrera de médico de partido; diez años anduve por esos lugares de España, tan olvidados de Dios como de los gobiernos.... pueblos de Castilla, de esos cuya tierra tiene color de sayal franciscano, y, en efecto, parecen consagrados al ascetismo del sacrificio santo. En Madrid, suele decirse... ¡Qué sana se cría y vive la gente en los pueblos! ¡Buena salud está! De chiquillos, no le digo á usted nada; cada pueblo de esos es el reinado de Herodes. ¡Más que espigas los segadores en estío, siega la muerte criaturas todo el año! Y no puede ser de otro modo... Sucias, mal alimentadas, las madres exhautas, obligadas á destetarlas antes de tiempo, porque apenas nació uno ya llega otro á reponer las bajas... Porque, eso sí, la muerte anda lista, pero la vida no descansa... Ahora, el que llega á criarse, ya no le parte un rayo... Y como esos son los que ve la gente, al pasar por los pueblos, por eso suelen decir: ¡Qué sanos están, qué fuertes se crían! Pero los que hemos vivido allí, los que hemos visto, los que como yo han sido víctimas de tanta incuria... Tres hijos, mis tres pequeños, perdí yo en mis peregrinaciones por esos lugares de miseria y de ignorancia. Una epidemia se llevó á cada uno... Entonces decidí establecerme en Madrid, fuera como fuera. Pensaba yo que en Madrid la profesión sería más agradable, que la miseria no sería tan dura, tan desoladora... Y es pero, mil veces peor, porque la sensibilidad

de los que la padecen está más afinada, porque los contrastes son mayores y no dejan lugar á la resignación casi animal del que no ha visto otra cosa, del que no compara, del que lo acepta todo sin rebeldía... Allí, yo mismo, ante el ajeno dolor como ante el mío propio, me sentía más resignado, más humilde y como aquella pobre gente, sabía decir: ¡Dios lo ha dispuesto así! ¡Dios lo quiere! Pero aquí, no; aquí ya siento de otro modo, ya digo indignado muchas veces: ¡No, no es Dios, no puede serlo! Son los hombres los que lo disponen así, es su crueldad, su injusticia... porque, no hay duda, nos llamamos cristianos y vivimos como fieras... Y el engaño ha durado ya mucho tiempo... ¿Es verdad que somos cristianos? Pues como hermanos debemos vivir y como cristianos amarnos... ¿Somos fieras? Pues dejemos hipocresías y á combatir y á destrozarnos unos á otros y que triunfe el más fuerte... Pero esto, no; la injusticia como estado social, sostenida por malas artes y peores leyes, de unos, sobre la debilidad de los otros, que ni siquiera pueden revolverse como fieras, porque están debilitadas y acobardadas por el hambre... y llaman resignación á su cobardía... Esto no debe ser, no puede ser, porque esto no lo ha ordenado Dios, lo han desordenado los hombres... y contra los hombres puede lucharse... Y ustedes perdonen la perorata, y ustedes dirán: ¿Qué mosca le habrá picado hoy á don Hilario que parece un orador de *meeting?* Es que hoy es para mí uno de esos días en que hablaría uno solo si no tuviera con quien desahogarse. Esta mañana, se me ha muerto un enfermo, un hombre trabajador, honradísimo, padre de familia, que deja á los suyos con el día y la noche, como suele decirse. Y en cambio, he dado de alta á otro, grandísimo bribón podrido de dinero, que por no tener ninguna virtud ni siquiera tiene algún vicio, que le hiciera gas-

tarlo... Y todavía hoy, al despedirme, me decía muy ufano: ¿No sabe usted? A pesar de no haberme ocupado estos días en mis asuntos, me ha salido un buen negocito; cien mil pesetitas de ganancia... Voy á darle á usted un cigarro... Este que estoy fumando, mejor dicho, mordiendo de rabia... Ya sabemos que la muerte dispara á ciegas, pero, ¡hombre! de cuándo en cuándo, debía tener un turno de elección para estos casos. Luego, vengo á esta casa, las veo á ustedes, tan dignas por todos conceptos de ser dichosas y las hallo tristes, preocupadas... Y bien sé por qué; porque su hijo de usted piensa en casarse... y usted, como madre, prevé nuevas privaciones, mayores apuros en esta casa... y su hija la ve á usted sufrir y se angustia, como es natural... Y su hijo de usted... también sufre, sí, señora, me consta, habló conmigo el otro día... ¿Y es esto justo? ¿Es esto humano? ¿Que para un hombre joven que obedece la ley de la Naturaleza, sea el amor honrado una triste preocupación, casi un remordimiento? ¿Que una madre deba oponerse al amor de su hijo, que es como renegar de haber sido madre? ¿No hay en todo esto algo inicuo, algo monstruoso?

CAR. Pero, don Hilario de mi alma, ¿no tengo yo razón, no para oponerme como usted dice... no lo intentaría, sería inútil... pero sí para prevenir la desgracia de mi hijo, la ruina de esta pobre casa que á costa de tantos sacrificios he defendido?

HIL. ¡Pues eso es lo inicuo, señora, que tenga usted razón! Que hable por usted la realidad de la vida, que con la cuenta de la plaza en la mano pueda usted más que dos corazones que, sin atender más que á su amor y su juventud, piensan lanzarse á la aventura de ser felices... Y, ¿cómo quiere usted que la atiendan? Usted dice: Mirad; el pan tanto, tanto las patatas, los garbanzos tanto... Y todo sube más cada día, todo está por las

nubes... Pero su amor va también por las nubes; ellos creen que por ser divino. ¿Cómo hacerles comprender que porque también está caro y que entre el amor y los comestibles, entre el corazón y la cuenta de la plaza, hay más relación que entre las ilusiones de su juventud y la realidad de la vida?

ESCENA VIII

DICHOS y ADELAIDA por el foro

ADEL. (Dentro.) Sí, ahora viene... ¿Están aquí las señoritas?

RAM. (Dentro.) Sí, señorita Adelaida; pase usted.

CAR. Es Adelaida.

ADEL. (Saliendo.) ¿Cómo están ustedes? ¿Cómo está usted, don Hilario?

HIL. Para servirla.

LUISA ¡Qué elegante!

ADEL. Es que esta tarde la he dedicado á visitas. Cristóbal no tenía que hacer y ha podido acompañarme. Estamos en falta con muy buenos amigos... Relaciones de casa de toda la vida. Los de Benítez, los de González Flores, la viuda del general Borrego... No puede una perder esas relaciones... Y tú, ¿cómo estás? Me ha dicho Ramona que hoy no estás muy bien... ¡Vaya por Dios! ¿Cómo la encuentra usted, don Hilario?

HIL. Ya lo ve usted, más animada.

ADEL. ¿No cree usted que á esta chica la conviene hacer otra vida?

HIL. A todos, á todos nos conviene otra vida... Yo dejo á ustedes; aún he de hacer dos ó tres visitas antes de recogerme.

ADEL. ¿Muchos enfermos?

HIL. Regular, no puede uno quejarse.

ADEL. ¿Se muere mucha gente?

HIL. No toda la que yo quisiera.

ADEL. ¡Ay, qué atrocidad!

HIL. No es que yo desee que se muera nadie;

poca, pero escogida; por eso dije... la que yo quisiera. Vaya, doña Carmen, Luisita... Salude usted al hermano y al futuro...

ADEL. De su parte de usted... muchas gracias.

HIL. Eso, ¿sigue siempre por supuesto?

ADEL. ¡Ay! ¡Sí, señor! Gracias á Dios son relaciones muy formales; no es cosa de chiquillos.

HIL. No salga usted, señora; no lo permito.

CAR. (Al foro.) ¡Ramona, abre la puerta á don Hilario! Usted siga tan bueno, don Hilario. (Vase don Hilario por el foro.)

ESCENA IX

DICHAS, menos DON HILARIO

ADEL. Es un buen señor este don Hilario.

CAR. Excelente persona.

ADEL. Ahora, como médico, me parece que está algo anticuado.

CAR. Nosotras no podemos juzgar... Don Hilario siquiera no nos engaña ni nos hace gastar inútilmente.

ADEL. Eso sí, porque ¡hay médicos!... En casa como hemos estado siempre tan castigados de enfermedades... El pobre papá ocho años padeciendo con tres operaciones, señora... que de entonces proviene la ruina de nuestra casa... Si es con tía Virginia, no se diga. ¡Cinco años trastornada! Desde que volvió su marido de Filipinas, como ella le creía muerto, ¡fué tal la impresión!... Hoy día, gracias á Dios, en buena hora se diga, mi hermano y yo no sabemos lo que es entrar un médico en casa, ni un medicamento, si no es el agua de Carabaña. Así es que estoy asustada; porque como se ve á lo mejor que la persona que parece más fuerte y más sana, cuando cae es para no levantarse... Hoy mismo me contaba la de González Flores de una amiga suya... Estaban abonadas

en compañía á un palco del Real; tal día como hoy las tocó el turno y estuvo con ellas, pues al tocarlas otra vez el turno ya estaba de cuerpo presente. Por cierto que ellas ahora quieren cambiar de palco, porque es número trece y les ha entrado aprensión.

CAR. No hables de cosas tristes... por Luisita.

ADEL. ¡Ay, sí! Usted perdone. Es que estas cosas la preocupan á una.

CAR. ¿Cómo has venido sola esta noche?

ADEL. Mi hermano y Galán pasan en seguida. Los dejé en casa... Mi hermano le dictaba á Galán no sé qué trabajo... Conque yo no quise esperarles... ¡Ah! tengo que darles á ustedes una buena noticia. El mes que viene ascienden á Galán, se lo ha dicho el ministro.

CAR. Que sea enhorabuena.

LUISA Entonces, ¿os casaréis ya?...

ADEL. No. ¡Qué locura! Hasta que le asciendan á los dieciseis mil no hay que pensar en eso... Como he esperado estos siete años, podemos esperar otros tres ó cuatro. .

LUISA La verdad es que si después de casados no congeniais, no será por falta de conoceros.

ADEL. Todo es poco, hija mía, para conocer á los hombres... ¡Oye una cada historia! Hoy mismo me contaba la viuda del general Borrego, de una muchacha, hija de unos íntimos amigos suyos, que á los dos meses de casada ha tenido que volver con sus padres porque el marido, un muchacho de muy buena familia, no han querido decirme el nombre, pero yo se lo preguntaré á Galán que lo sabe todo... hasta la maltrataba, señora... Y del caso de ese otro matrimonio, los de Molinero, sí se habrán enterado ustedes, porque ha venido en los periódicos, hasta con el retrato de los tres.

CAR. Nosotras no nos enteramos de nada.

ESCENA X

DICHAS, PAQUITA y MANOLO que salen por el foro

LUISA Paquita y Manolo.

CAR. ¡Hola, hola!

MAN. Buenas noches, tía. Luisita, Adelaida. ¿Y Cristóbal y Galán?

ADEL. En seguida vienen... Hola, Paquita. ¿Cómo estás?

PAQ. Malísima... muriéndome, cada vez peor... Pero mi marido por lo visto, quiere que yo me muera.

MAN. ¡Dices unas cosas, mujer! ¡Cualquiera que te oiga!

PAQ. Sí, sí... ¡A ver si no es verdad! Sabiendo lo que le han dicho los médicos, que si sigo en Madrid me muero por la posta... que busque una casa en un pueblecito ó en las afueras...

MAN. Lo primero que hay que buscar es el pueblecito ó las afueras... ¿No estuvimos ya en uno este verano y no pudimos resistir cuatro días?

PAQ. Es que no pudiste buscar pueblo más horrible ni casa más destartalada.

MAN. Ustedes dirán si por veinticinco duros toda la temporada podía pedirse una villa en la Costa Azul. Además ya te he dicho que busques tú, que te vayas tú con los chicos... Ahora no puedo pedir otra licencia... Ni la pediría para ir contigo y con los chicos... porque yo también necesito reponerme.

PAQ. Eso es. ¿Y á dónde querrá que vaya yo sola con esos cinco demonios que me quitan la vida? No hemos bajado antes porque ustedes no saben la guerra que hoy han dado para acostarse. ¡Como á su padre no le tienen ni pizca de respeto!

MAN. Lo que ven las criaturas...

PAQ. La muchacha es nueva.

ADEL. Sí, la que tomaron ustedes ayer.

PAQ. No, la que hemos tomado hoy, la de ayer se

despidió anoche... Los niños la extrañaron, ella también desde el principio se ha torcido con ellos, porque las criaturas empezaron á decirla que era muy fea.

ADEL. ¿Y están buenos ahora tus cinco chicos?

PAQ ¿Cuándo los hemos visto buenos? Los mayorcitos, ya se sabe, indigestión diaria.

LUISA ¿Pero por qué los dejais comer tanto?

PAQ ¿Y qué voy á hacer? ¡Como su padre no tiene carácter!... ¿Voy á matarlos? Prefiero dejarlos que se mueran... El pequeño está con los colmillos... ¡Nos da unas noches!...

ADEL. Ya, ya se conoce; Manolo se está cayendo de sueño...

PAQ. ¡Como si él fuera el único que no durmiera! No hagas el ridículo...

MAN. ¡Ah! Ustedes perdonen... Si es que...

CAR. Sí, hombre, sí... ya nos hacemos cargo...

PAQ. Para dormirte podías haberte quedado en casa.

CAR. ¿Pero no ves que allí es donde no puede dormir el pobre? Déjale, mujer... Estás en tu casa... Si quieres échate por allá dentro.

PAQ ¡Quite usted! ¡No faltaba más! El está muy bueno y puede pasarse sin dormir... ¡Si fuera yo! Así me estoy quedando, da miedo verme... La cara es lo menos... Quisiera que me vieran las pantorrillas...

MAN. Que aprecien por las mías...

PAQ Esò ya es una exageración... ¡No hagan ustedes caso!

MAN. ¿No querías presumir? Si la oyen ustedes, ella es la que se está muriendo siempre... Y yo, que sobre no dormir, tengo que levantarme temprano para ir á la oficina y trabajar allí todo el día y después en casa trabajos extraordinarios, porque no hay más remedio.

PAQ. ¡Siquiera eso te sirve de distracción! Pero yo, todo el día encerrada entre esas cuatro paredes con esas cinco fieras y la criada... cuando tenemos criada, que ninguna nos para más de cuatro días.

MAN. En fin, que una cosa así debía de ser el Paraíso terrenal.

ESCENA XI

DICHOS, CRISTÓBAL y PACO GALÁN que salen por el foro

CRIS. Buenas noches á todos. Muy buenas noches.

GALÁN ¡Quietas, quietas! No se mueva nadie.

MAN. Yo sí, señor, que no puedo permitirme usurpar á usted su puesto...

ADEL. Por Dios, Manolo, que nosotros no somos de esos novios pegajosos... ¿Han terminado ustedes sus trabajos?

CRIS. Sí, Galán ha sido tan amable que se ha prestado á que yo le dictara para terminar antes...

GALÁN Ya me ha dicho su hermano de usted que esta tarde han hecho ustedes varias visitas de alguna etiqueta. ¿Cómo lo han pasado ustedes?

ADEL. Pues verá usted; primeramente hemos ido á casa de los de González Flores.

GALÁN Sauco 32, segundo. ¿No es eso? Conozco la casa... En el principal de la izquierda vive un amigo mío, magistrado, bellísima persona. En el portal hay plantas, el portero tiene librea y la escalera tiene alfombra. Muy buena casa. Los pisos rentan de tres mil á tres mil quinientas, aparte el de las de Fomba, unas americanas que tienen los bajos unidos y pagan cuatro mil... miento... cuatro mil quinientas.

ADEL. ¡Usted lo sabe todo!

GALÁN ¿Y cómo lo ha pasado usted en casa de los de González Flores?

ADEL. Pues verá usted.

PAQ. (A Luisa.) Todas las conversaciones de novios son interesantes pero como las de Adelaida y Galán... como ella le dice... ninguna... ¿Tú los oyes?

LUISA ¡Mujer, después de siete años de relaciones... ni sé cómo les queda nada que hablar!

PAQ. La verdad es que van á llegar al matrimonio un poco atropellados. ¡Si una lo hubiera

pensado tanto! ¿Pero ves mi marido? Otra vez dando cabezadas...

LUISA ¡Pobrecillo! Si no os dejan dormir los muchachos...

CAR. (A Cristóbal.) Estos días, como á final de mes estará usted muy ocupado...

CRIS. Muy ocupado, sí señora. Cuente usted que son siete administraciones las que llevo en Madrid, tanto de fincas como de otros bienes y valores, muebles... Y las siete de otras tantas señoras viudas ó solteras de representación, pero todas señoras solas; lo que significa que yo he de llevar el peso de todo. Y no es por tildarlas á ustedes, pero usted sabe que las señoras son muy exigentes. Trabajo demasiado, sí señora; mi salud empieza á resentirse; pero no hay más remedio; hasta ver colocada á mi hermana. Creo que será dentro de cuatro años. Adelaida, en esto como en todo, ha pensado con mucho juicio. También ha tenido la suerte de tropezar con un hombre serio. Crea usted que yo estoy muy conforme con la marcha de estas relaciones. Hemos tenido tiempo de tratarnos, no digo de conocernos, porque á las personas no se nos conoce nunca. Pero en fin, el trato es siempre una garantía... Además, Adelaida es algo mayor que yo, aunque ella diga lo contrario, y no es de temer que empiecen á llenarse atolondradamente de chiquillos, que es la desgracia mayor de los matrimonios...

CAR. No, no es de esperar...

CRIS. Porque esto de su hijo de usted, lo que piensa hacer Julio, y perdone usted si la recuerdo cosas desagradables, es una locura. Si las personas no pensamos razonablemente... ¿Quiere usted decirme en qué nos diferenciamos de los animales? El matrimonio para los ricos no significa nada, para los pobres significa muy poco, hasta es un alivio, la mujer gana otro jornal por su lado, los hijos se crían solos, no hay que vestirlos, ni educarlos, porque los pobres no necesitan nada

para criarse... Pero en nuestra clase el matrimonio es un problema muy arduo... Los tiempos no están para romanticismos.

ADEL. (A Galán.) Ahí tiene usted lo que yo he hecho esta tarde. Y de usted, ¿qué ha sido en todo el día? ¿Se ha acordado usted algo de mí?

GALÁN No me diga usted eso ni en broma, Adelaida... Mi vida en el día de hoy, voy á decírsela á usted primeramente.

ADEL. Perdone usted... Me lo dirá usted luego. Ahora, hagamos un poco de conversación general; no me gusta pasar por mal educada. Saque usted algún tema.

GALÁN ¿Han visto ustedes qué día tan raro ha hecho hoy?... Nadie atiende... ¿Han visto ustedes qué día?

PAQ. Ya, ya... Unos ratos mucho calor y otros un frío horrible.

CRIS. Este Madrid es lo que tiene.

GALÁN Así hay tantas enfermedades.

ADEL. Y se muere tanta gente... A propósito, Galán. ¿Tiene usted ahí el periódico?

GALÁN Como todas las noches...

ADEL. A ver si hay muertos frescos... Es lo primero que miro.

GALÁN No, no hay más que aniversarios.

ESCENA XII

DICHOS y RAMONA por el foro derecha

RAM. ¡Señorita Paca, señorita Paca!

PAQ. ¿Qué ocurre? Ya verán ustedes, lo de siempre.

RAM. Su muchacha de ustedes que viene á avisarles á ustedes que el niño pequeño se ha despertado y está llorando y no puede callarle con nada.

PAQ. ¿No les decía á ustedes? ¡Manolo! ¡Manolo!

MAN. (Entre sueños.) ¿No calla ese niño? ¡Paséale un poco, mujer!

PAQ. Se figura que está en casa... ¡Manolo!

MAN. ¿Qué?... ¡Ay! ¡Me has asustado!

PAQ. Si no te durmieras en casa extraña... La muchacha que viene á avisarnos que el niño se ha despertado... ¿Qué hacemos? ¿Voy yo ó vas tú?

MAN. Yo iré, yo iré. . no te molestes.

PAQ. Ya sabes dónde está el jarabe, encima del aparador... No vayas á darle otra cosa, que no sería la primera vez.

MAN. ¡Mujer! ¡Cualquiera que te oiga!...

PAQ. Sí, que un día no le pusiste perdido al angelito de goma arábiga. ¡Si has de ir, corre!

MAN. ¡Ya voy, ya voy! Hasta ahora, señores. (Vase por el foro.)

PAQ. (Desde la puerta.) Y mira si la muchacha ha dejado apagar el brasero, y si ha cerrado la ventana del cuarto de los canarios, que si no en cuanto amanece empiezan á cantar y nos vuelven locos...

CRIS. Pero, Paquita, ¡por Dios! Con cinco chicos y las noches en vela. ¡Y todavía tiene usted humor de canarios!

PAQ. ¡Qué quiere usted! De los muchos caprichos que he tenido de soltera es el único que conservo.

CRIS. ¿Me hace usted el favor, Galán? ¿A cómo han quedado los fondos... el nuevo amortizable?

GALÁN A... 103.

CRIS. ¡Qué atrocidad!

GALÁN Tiene usted razón... Me había saltado un renglón... A... 84.

CRIS. Eso sí... ¡Se sostiene firme, se sostiene!

PAQ. ¡Dichoso usted que le interesan esas cosas!

CRIS. A mí particularmente, no. ¡Pobre de mí!

ADEL. ¡Pobres de nosotros!

PAQ. Vaya, vaya, que los dos hermanitos deben ustedes de tener un buen gato... ¿En qué pueden ustedes gastar, los dos solos?

ADEL. ¡Por Dios! ¡Con lo que cuesta la vida en Madrid! ¡Bueno está todo!

PAQ. ¡En mi casa quisiera yo verles á ustedes!

CRIS. Se agradece la intención, Paquita.

PAQ. Vaya, también nosotros tenemos muchas

satisfacciones que no tienen ustedes los solteros.

CRIS. Ya, ya lo veo...

ADEL. Conque, ¿qué ha sido hoy de su vida de usted?...

GALÁN Pues verá usted. Primeramente, me levanté muy temprano; serían las siete; por cierto que estaba muy nublado, yo creí que llovería todo el día... (Voces dentro en el foro.)

CAR. ¿Quién habla en el recibimiento? Parece la voz de Julio.

ESCENA XIII

DICHOS y RAMONA por él foro

RAM. ¡Señorita, señorita!

CAR. ¿Qué?

LUISA No nos asustes...

PAQ. Será alguna embajada de mi señor marido.

CAR. No... (A Ramona.) Que pasen á la sala. Enciende la luz, corre...

RAM. Han dicho que donde estén ustedes, que ellas son de confianza... Se están quitando los abrigos... (Vase Ramona por el foro.)

LUISA ¿Pero quién?...

CAR. ¡Asómbrate, asómbrense ustedes! Doña Teresa y Emilia que vienen con mi hijo...

PAQ. ¡Jesús, María! ¡Y yo que estoy hecha una facha! Que no me vean... Me escurro por aquí y me escapo por el pasillo... Ustedes lo pasen bien... Así como así, estaré haciendo falta en mi casa... ¡Ay, que vienen!... Antes de irme me asomaré por allí á ver lo que traen puesto. (Vase par el foro izquierda.)

LUISA ¡Qué visita tan rara á estas horas!

ADEL. ¡Mujer, si son de la familia!

JULIO (Dentro,) ¡Mamá, mamá!

CAR. ¡Julio!

ESCENA XIV

DICHOS, DOÑA TERESA y JULIO, que salen por el foro derecha

JULIO Mira quien está aquí.

TER. ¿Cómo está usted, Carmen? ¡Adiós, Luisita!

CAR. ¡Jesús! ¡Qué sorpresa!

EMILIA ¿Cómo estés, Luisita?

LUISA ¡Emilia!

CAR. ¿Pero por qué no han pasado ustedes á la sala?

TER. No faltaba más... Donde ustedes tienen costumbre de pasar la velada... Habremos venido á interrumpir á ustedes...

CAR. En nada...

TER. ¡Adiós, Adelaida! Cuánto tiempo sin vernos...

ADEL. ¡Se han mudado ustedes tan lejos! Eso le decía á Emilia...

TER. A su hermano y á Galán ya los veo tan buenos.

CRIS. ¡Señora!...

CAR. Pero siéntense ustedes.

TER. Pues Julio vino á casa, como todas las noches; creo que no le descubro á usted ningún secreto.

CAR. No, señora, no.

TER. No es que yo sea muy amiga de las visitas de novios en casa... pero á las madres, ya sabe usted lo que nos toca hacer cuando las hijas se empeñan en algo, aunque no les convenga. Y antes de que se pongan en ridículo por esas calles y esos paseos y por los balcones... Todo es preferible.

CAR. Sí, señora, sí.

TER. Julio nos dijo que á Luisita le había dado un ataque.

CAR. ¿Les dijo á ustedes?... Yo creí que él no se había enterado de nada. (Siguen hablando.)

EMILIA (A Luisa.) He reñido con tu hermano.

LUISA ¿De veras?

JULIO Sí, está muy enfadada conmigo... por causa tuya.

LUISA ¿Por mí?

EMILIA Figúrate, como una gracia, y como si creyera haber hecho algún mérito, me dijo que estabas muy mala y que él ni siquiera había entrado á preguntar como estabas, por venir antes á verme... ¡Pensaría que yo iba á agradecérselo! Le he dicho que era un mal hermano, y he querido venir á verte esta misma noche para que Julio te pida perdón delante de mí.

JULIO Di que no te quiere.

LUISA Está perdonado, ya lo sabes. Y te agradezco mucho...

EMILIA Es que tú no sabes lo que yo te quiero, que te lo diga Julio; siempre le estoy hablando de ti.

JULIO Es verdad.

LUISA Ya lo sé, Emilia... También yo te quiero mucho... (Siguen hablando.)

ADEL. (A Galán.) No diga usted, muy mona sí es; ahora que á usted no le parezca tan guapa como dicen... Y yo me congratulo.

GALAN Ya sabe usted que yo no doy importancia á la corrección de las facciones, para mí la expresión es todo... Una cara expresiva no me parece fea nunca... (Sigue hablando.)

TER. Estamos convidadas al teatro esta noche las primas de Emilia; pero mi hija quiso que vinieramos antes á saber de Luisita... Ya ve usted que no guardamos etiquetas, venimos á cualquier hora con toda confianza, aunque ustedes no hacen lo mismo con nosotras.

CAR. Si no salimos nunca de casa... como mi hija está tan delicada... Julio les dirá á ustedes.

TER. No me diga usted; yo sé que usted está disgustada... Y ¿cree usted que yo no tengo los mismos motivos para estarlo? No necesita usted decirme que estos chicos piensan hacer una locura; pero, ¿qué podemos las madres? Las mismas reflexiones que haya usted podido hacer á su hijo le hago yo á mi hija continuamente. No puede molestarnos

ni es hacer menos á nuestros hijos ni creer que uno y otro podían aspirar á mejores partidos... Es creer sencillamente que van á hacer una locura... (Siguen hablando.)

JULIO (A Emilia.) Estoy pendiente de lo que hablen nuestras mamás, consuegras en ciernes; es para estar en vilo...

EMILIA Y que mamá está muy quejosa porque tu madre no ha venido á vernos desde que nos hemos mudado... Ya sabes lo que me ha costado traerla esta noche... He tenido que exagerar la gravedad de Luisita...

JULIO Creo que debemos intervenir; las veo con cara muy de circunstancias...

EMILIA Sí, sí... ensanchemos el círculo.

JULIO Mamá...

CAR. ¿Qué, hijo?

JULIO ¿No han venido Manolo y Paquita esta noche?

CAR. Sí, pero se fueron en seguida; vinieron á avisarles que los chicos lloraban.

JULIO Lo de siempre.

TER. ¡Tan jóvenes y con cinco chicos! ¿Quiere usted decirme si eso no es una calamidad? No tendrán hora tranquila...

CAR. Puede usted asegurarlo.

TER En ese espejo deben mirarse algunos.

JULIO Piedrecitas á nuestro tejado... ¿Qué hay, amigo Galán? ¿Cuándo viene ese ascenso?

GALÁN Pronto, pronto; el ministro me ha dado palabra.

JULIO No, me refiero al otro ascenso, al matrimonial...

GALÁN ¡Ah, vamos! Ya lo sabe usted, cuando sea posible...

ADEL. No tenemos prisa; lo mismo que hemos esperado estos siete años...

JULIO ¡Qué admirable constancia!

TER. ¡Eso es pensar con juicio!

CRIS. Como debe pensarse; como he pensado yo...

JULIO ¡Dichosos ustedes los que piensan! ¡Pobres de nosotros los que sentimos! ¿Verdad, Emilia?

EMILIA (Bajo.) ¡Calla! ¡Estamos en país enemigo! Lo

mejor que puedo hacer es llevarme á mamá, porque oyendo estas cosas se inspira y mañana gran sesión desde que se levanta.

JULIO Será lo más prudente... De verdad, ¿no quieres que vaya al teatro?

EMILIA No, esta noche, no; te quedas aquí con tu hermana, en castigo... Además, si sales ahora, tu madre creerá que te he traído sólo para hacer ver que te llevo detrás de mí á todas partes; no quiero que tenga esa idea de mí. Quédate. No habías de subir al palco.

JULIO No... Soy tan poco simpático á tu tía y á tus primas... Como ellas tenían su candidato...

EMILIA No, si haces bien; por eso es una tontería que vengas. Yo voy por no oir á mamá... si no fuera, habría que oirla: vas á desairar á tus primas, vas á indisponerte con todo el mundo.

JULIO Sí, ya sé... Haces bien en ir.

EMILIA ¿No te disgusta?

JULIO No. ¡Estoy tan seguro de tí!...

EMILIA Puedes estarlo.

TER. ¿Qué hora será?

EMILIA Sí, ya es hora, mamá; cuando quieras.

TER. Carmen... Luisita...

CAR. Uno de estos días iremos á ver á ustedes. No nos tome usted en cuenta si estamos en falta...

TER. Adelaida... Hasta cuando usted quiera.

ADEL. No me hable usted... Estoy avergonzada.

TER. Señores...

ADEL. Nosotros también nos retiramos. ¿Te parece, Cristóbal? ¿Le parece á usted, Galán? Estos días tienes que madrugar y tú necesitas dormir mucho.

GALÁN Por mí cuando ustedes quieran...

CAR. ¿Ramona? (Diriéndose al foro.) ¿Está encendido en el recibimiento? Muy buenas noches. Ustedes sigan bien.

EMILIA Hasta mañana, á la hora de siempre.

JULIO Y antes, ¿no sabré de tí?

EMILIA Eso digo yo...

JULIO Ahora mismo voy á escribirla... las cuatro caras.

EMILIA Yo en cuanto vuelva del teatro.

JULIO Entonces esperaré; quiero que escribamos al mismo tiempo, saber que pensamos el uno en el otro á la misma hora.

EMILIA ¿A una hora nada más? Yo pienso tantas veces...

JULIO Yo una sola... ¡Todo el día!

TER. ¿Acabarán de despedirse? ¡Emilita!

EMILIA Voy, voy, mamá. (Vanse todos por el foro derecha.)

ESCENA XV

DOÑA CARMEN, LUISA y JULIO. Después RAMONA por el foro derecha

CAR. ¿Y cómo no vas tú al teatro? ¿Estais de monos?

JULIO No, mamá. ¿Tú crees que yo voy siempre detrás de Emilia? Esta noche va al teatro con sus primas. Yo las saludo, pero no las tráto con confianza.

CAR. ¡Sí! Eres poco para ellas... como para la madre...

JULIO No lo sé, mamá; no he ido á preguntárselo ni me importa. ¿Ves como no se puede hablar contigo?

CAR. Y á tí no se te puede decir nada. Todo te molesta.

LUISA ¡Julio! (Pausa.) ¡Qué traje tan bonito traía Emilia!

JULIO Pues ella se los hace todos.

CAR. No he conocido una señorita que de soltera no diga que ella se lo hace todo... En cuanto se casan, ya es otra cosa; todo se las olvida.

JULIO ¡Ay, mamá! ¡Qué futura suegra más terrible!

CAR. Ya no te parezco más que suegra, ya no soy madre, ¿verdad?

JULIO Sí, mamá. ¡Qué cosas dices! Es que el carácter de suegra se sobrepone á todo... Cuando una madre se convierte en suegra, es suegra hasta con sus hijos...

LUISA Pues Emilia es muy buena.

JULIO Como tú la juzgas sin pasión...

CAR. Ya te ha conquistado á tí también.

LUISA Es muy cariñosa.

CAR. Con todo el mundo menos conmigo. ¡La veo siempre tan despegada!

JULIO ¿Lo ves? Si eres tú quien la trata con despego... Me lo dice siempre, por eso no se atreve á estar más expansiva contigo... Si lo estuviera dirías que eran zalamerías. ¿Cómo acertar?

CAR. ¡Sabré yo lo que puede quererme!

JULIO Pues no lo sabes... Y es mejor no hablar de esto. Es para disgustarnos. ¿Cómo estás, Luisita?

LUISA Ya lo ves, mejor.

CAR. Con tus cuidados.

JULIO Ya lo sé que hice muy mal en salir sin entrar á verla; ya me lo han dicho.

CAR. ¿Es que no puedo hacerte ninguna observación? ¿Es que te ofende todo lo que te dice tu madre? ¿Es que quieres que no me queje? No eras así antes. ¿No debo creer con razón que alguien te ha cambiado?

JULIO ¡Si la que ha cambiado eres tú! Si eres tú quien no sabe hablar sino para herirme en lo que más puede dolerme.

CAR. ¡Esto me faltaba que oir! ¡Qué ingratitud de hijo! ¡Qué ingratitud!

JULIO ¿Oyes?

LUISA ¡Vamos, mamá!... ¡Julio!

JULIO Pero, ¿quieres decirme si hay razón para esto? ¿Qué delito es el mío? ¿Es que temes que pueda faltarte algo? ¡Si he de ser el mismo para tí! ¡Si yo trabajaré con más afán todo lo que haga falta! Ya me han ofrecido otro empleo á horas compatibles con el mío...

CAR. ¡Eso es! ¡Vas á matarte á trabajar! ¿Y quieres que yo lo vea con calma? Si yo para mí no necesito nada, no quiero nada. ¡Si yo supiera que tú ibas á ser feliz! Pero si no puede ser, no puede ser... Nunca sabemos las madres lo que pedimos; era mi orgullo que

mi hijo fuera tan bueno, que no me hubiera dado nunca el menor disgusto.. Y ahora ¡qué sé yo! preferiría que no hubieras sido tan juicioso y tuvieras más experiencia de la vida.

JULIO Sí; mejor que un amor honrado otras aventuras. ¿No es eso? No quiero oírtelo, no quieras desmerecer á mis ojos... Déjame con mis ilusiones. ¿Por qué no he ser feliz? ¿Erais millonarios mi padre y tú cuando os casáisteis? ¿Pensábais más que en vuestro cariño... como yo ahora?

CAR. No compares. Eran otros tiempos, se vivía con menos. Yo no estaba acostumbrada á lo que está Emilia... Ya ves, esta noche en el teatro, en palco, con sus primas, vestida como ellas. ¿Quién dirá que su posición no es la misma?

JULIO No la conoces; Emilia es muy buena, Emilia sabe que no puede aspirar á lujos... Tú verás como somos felices, tú verás como acabas por quererla mucho... No me atormentes más, no nos atormentemos y no dudes nunca de mi cariño, no me hagas dudar de lo que te quiero, cuando yo sé que no hay madre más querida en el mundo...

CAR. Bien está, hijo... No nos atormentemos.. ¿Por qué no te acuestas, Luisa? Yo también voy á acostarme en seguida.

LUISA Sí, mamá...

CAR. Ahora te llevaré una taza de caldo; tienes que tomar algo... no has comido nada...

LUISA Hasta mañana, Julio.

JULIO Hasta mañana... ¡Tú sí que me quieres!

LUISA Porque no digo nada, porque callo á todo... Toda mi vida ha sido eso: callar. (Vase por la derecha.)

CAR. Y tú, ¿no quieres tomar nada?

JULIO No, no tengo gana... Un refresco de naranja... Deja... lo haré yo mismo.

CAR. (Llamando.) ¡Ramona! ¡Ramona!

RAM. (Saliendo por el foro.) ¿Qué manda la señora?

CAR. Dame la cuenta.

RAM. Aquí tiene la señora. Estos veinte céntimos

son de ayer que se me olvidó ponerlos, del cartero y de un panecillo más que se trajo anoche...

CAR. Está bien. De modo que te faltan ochenta céntimos... Ahora te los daré... Raro sería que no faltara.

RAM. Y para mañana, señora... ¿qué quiere usted que traiga?

CAR. Ahora lo pensaremos mientras me desnudas. ¿Qué quieres tú comer mañana, Julio?

JULIO No me preguntes.. lo que tú dispongas.

RAM. Para lo que comen los señoritos... Están tan desganados...

CAR. Voy á acostarme.. Cuando se retire el señorito dejas bien apagado el brasero... Tráeme la taza de caldo para la señorita... ¿Has echado el cerrojo?

RAM. Sí, señora.

CAR. ¿Has encerrado al gato en la cocina? No me dé un susto como la otra noche.

RAM. Sí, señora.

CAR. Pues hasta mañana, hijo mío... No se te olvide apagar la luz... Que descanses.

JULIO Hasta mañana, qué duermas bien... sin pesadillas..

CAR. ¡No es poca la que tengo! (Vase por la derecha.)

RAM. Muy buenas noches, señorito... (Vase por el foro izquierda.)

JULIO Buenas noches, Ramona... (Coge distraído la cuenta y la ojea.) Pan... Patatas... medio kilo de carne... Fruta... Total: seis pesetas ochenta céntimos... en comer toda una familia... ¡Y dice mi madre que la vida es muy cara!

TELON



ACTO SEGUNDO



Gabinete en la misma casa del acto primero. Puerta al foro. Otra á la izquierda. Balcón á la derecha

ESCENA PRIMERA

LUISA y RAMONA. Después JULIO, por la izquierda

LUISA — Llévate el sombrero á mi cuarto y trae un jarro con agua para poner estas flores... ¿Ha salido la señora?

RAM. — Sí, señorita; fué á misa y pasó luego después á casa del señorito Manolo... Creo que uno de los niños está muy malito. (Vase por el foro izquierda.)

LUISA — ¡Milagro sería! (Sale Julio por la izquierda.) ¿Estabas en casa?

JULIO — Ya lo ves.

LUISA — ¿No has ido hoy á la oficina?

JULIO — Hoy no y tú, ¿puede saberse dónde has ido tan de mañana y sola?

LUISA — ¡Sola no! ¡Salí con mamá!

JULIO — ¡No mientas!

LUISA — Como quieras (Entra Ramona por el foro con una jarra de cristal con agua.)

RAM. — Aquí está el agua, señorita.

LUISA — Lleva estas flores al comedor y éstas á mi cuarto; que haya flores en todas partes.

RAM. — ¡Qué rico olor! ¡Da gusto! (Vase por el foro izquierda.)

LUISA ¡Qué día tan hermoso! No pude resistir á la tentación de comprar estas flores. Ahora son baratas... Coges las que quieras... Se las llevas á Emilia de mi parte. ¡Mira estas rosas!

JULIO No desvíes la conversación... Sí, sé de donde vienes y no es hoy solo: desde hace muchos días...

LUISA ¿Y vas á reñirme?

JULIO A reñirte no, á decirte que no debe ser; que yo no debo consentirlo.

LUISA ¿Por qué? Si yo estoy contenta y hasta mejor de salud. ¿No lo ves?

JULIO ¿Y lo sabe mamá?

LUISA ¡Ay, qué pesado! Sí lo sabe, se lo he dicho yo... No es ningún secreto, no es ningún delito...

JULIO ¿Y te consiente que vayas sola por esas calles, expuesta á oir mil impertinencias y groserías?

LUISA Eso sí que no... Nadie me dice nada.

JULIO ¡Y dar tú lecciones, tener que soportar molestias y desaires de personas extrañas!

LUISA Nada de eso; se trata de personas bien educadas, que no quieren mandar á sus hijas á un colegio y prefieren tener profesora en casa. Ya ves, mis lecciones no pueden ser muy sabias... leer, escribir, costura y contar cuentos; eso sí, no he visto criaturas más aficionadas á cuentos. He agotado todos los que sabía, he tenido que aprender otros y alguna vez tengo que inventarlos, pero mis discípulas me quieren mucho... ¡Es tan fácil hacerse querer de los niños!

JULIO Pero, ¿tú crees que yo puedo ver con calma?...

LUISA ¿Qué? Que yo no sea un ser inútil de toda inutilidad, que procure contribuir en algo, bien poco, á que mamá no se preocupe tanto con lo que puede ser de mí, de las dos.

JULIO ¡Y á que yo me preocupe algo más! ¿No es eso? A que yo piense que soy un egoista que no duda en sacrificaros cuando vosotras os habéis sacrificado tanto por mí, para que el señorito tuviera carrera, para que al señorito no le faltara nada... Si lo sé, si no ne-

cesitas decírmelo; no es preciso que me lo echéis en cara de ese modo.

LUISA ¿Por qué dices eso?

JULIO Porque veo clara la intención... ¿Quieres decirme qué resuelven esas lecciones, los cuatro ó los cinco duros que puedan darte? Pero es la política hábil de mamá desde hace algún tiempo; ya no me dice nada, apenas habla conmigo, pero á todas horas se complace en recordarme lo que ya no quiere decirme...

LUISA ¡No tienes razón! Mamá no sabía nada, me riñó mucho cuando lo supo... Pero si tanto te digusta lo dejaré todo... Es que... tú no sabes... ¡Estaba yo tan satisfecha! Dices que tú has sido el señorito, si la verdadera señorita de la casa he sido yo siempre... Tú has estudiado, trabajas, cuanto has ganado ha sido para nosotras... Pero yo... ¡Criatura más inútil! La señorita cursi con sus nervios.. Una preocupación para tí, para todos... Si hubiera tenido vocación de monja pronto hubiera resuelto el problema... El caso es que tampoco la tengo de casada... es decir, como esa vocación no basta que la tenga uno si no la tienen dos... Pero ahora, sí, ahora había creído acertar con mi vocación: maestra de niñas. Las niñas no me llaman doña, me llaman Luisa ó Luisita y dicen que soy su hermana mayor... hermana Luisa... ¿Qué mejor nombre? ¡La hermana Luisa! ¿Verdad que parece nombre de religión? A mí me hace el efecto de haber profesado.

JULIO No quieras engañarme con esa aparente alegría, hay mucha tristeza en tus palabras.

LUISA No lo creas. Nunca he estado tan alegre ¿Cuándo he reído como ahora?

JULIO Es que la tristeza tiene dos modos de sonreir y parecer alegre uno con amargura que es la ironía, otro... así, dulcemente que es la resignación. Pero los dos son tristes como flores de sepultura en la que hemos enterrado muchas ilusiones... Tu alegría no pue-

de engañarme. ¿Verdad que no? ¡Hermana Luisa, mi pobre resignada!

LUISA ¿Vas á llorar?

JULIO Bien quisiera aprender de tí esa dulce resignacion que sonríe para no hacer llorar...

LUISA Pues es bien fácil... Toda tu pena no es más que eso... remordimiento porque haces llorar...

JULIO ¿Y qué puedo yo hacer? ¡Renunciar al cariño de Emilia! ¿Es lo que queréis de mí? ¿Es eso lo que deseáis todos?

LUISA No, Julio, eso no... Que no pienses en lo que has pensado. ¿Crees qué no lo sabemos? ¡Marcharte de aquí muy lejos á la ventura!... Mamá lo sabe, aunque nada te dice; por eso es mayor su tristeza estos días. Nosotras nos resignamos á todo, pero á eso no. ¡Separarte de nosotras para siempre! .. Porque sería para siempre.

JULIO Pero si la vida aquí es imposible... para todos... Por más que yo quisiera persuadirme de lo contrario, sobre esto la ilusión no es posible... Yo quiero á Emilia con toda mi alma; no puedo renunciar á su cariño... pero sé que no puedo abandonaros tampoco, que sin mí, en esta casa sería la más triste pobreza; comprendo que casarme en estas condiciones es muy aventurado... que tal vez nuestro mismo cariño sería la primera víctima... He buscado algún otro empleo, alguna solución, pero aquí es inútil .. ¡Y el tiempo pasa y la madre de Emilia y su familia toda conspiran contra nosotros, como conspiráis vosotras también, por cariño á mí no lo dudo... pero es muy triste que pueda parecer por egoismo vuestro! Y entre tanto, para Emilia, para mí, es un tormento constante. Esta situación, penosa para todos, no puede prolongarse; como al fin ha de resolverse de modo violento, más vale que lo sea del todo... Separación completa, nueva vida, otra vida es lo mejor.

LUISA ¡Nueva vida, otra vida! Para vosotros sí, porque sois jóvenes y estáis enamorados. Pero,

¡las pobres madres! No, no puedes pensarlo si tú lo piensas; Emilia no puede consentirlo y tú no debes obligarla á decidir entre tu cariño y el de su madre; acaso tuvieras que arrepentirte... Por mi corazón de hija juzgo del suyo..

JULIO ¡Como tú no has conocido otro cariño!

LUISA Es verdad.. No sé como puede quererse á un hombre, no sé hasta donde puede llevarnos su cariño, pero con ser mujer me basta para saber cómo quieren las madres. Yo no sé si vosotros, lejos de aquí, solos con ese gran cariño, podríais ser felices, pero sé que las pobres madres se morirían de pena. Y eso no puede ser, Julio, no puede ser... ¿Me das palabra de que no volverás á pensar en ello? ¿Me das palabra, Julio... hermano?

JULIO ¡Tú me faltabas! ¡No me atormentes tú también! (Vasa por la izquierda.)

ESCENA II

LUISA y después MANOLO por el foro

MAN. Buenos días, Luisita.

LUISA Buenos días, Manolo. ¿Cómo está el niño?

MAN. Ya se le ha pasado. Ahora es Paca, con el susto se ha puesto malísima... En casa ya se sabe... Y tú... ¿cómo estás? Parece que te veo triste, que has llorado... ¿Es que tu madre sabe lo que piensa Julio... ese viaje á América?

LUISA Lo sabe hace tiempo... Pero yo quisiera persuadirle antes que él se lo dijera. ¿No es una locura?

MAN. No sé qué te diga. Locura sí es, pero natural consecuencia de otra locura; las locuras nunca vienen solas, se parecen á las calamidades de mi casa... Cuando á mí me lo dijo, yo, la verdad, no supe qué decirle. ¡Porque si vieras que á mí también todos los días me dan unas intenciones de emigrar!... Nuestra casa no es casa, nuestra vida

no es vida... ¡Ay, prima, qué talento tuviste en no hacerme caso!

LUISA No recordemos chiquilladas.

MAN. ¿Chiquilladas? No; tuvimos muchísimo juicio: digo, lo tuviste tú; para mí, por lo visto, no había salvación posible.

LUISA ¡No digas! Paquita es muy buena y más dispuesta que yo, y de mejor carácter para conllevarlo todo... Yo admiro su tranquilidad.

MAN. No, si no hay que decir; Paquita es muy buena, y yo también soy muy bueno, y los dos hacemos un matrimonio ejemplar... y los chicos son una monada, pero con dos santos y tantos angelitos, nuestra casa no diré yo que sea un infierno, pero sí un purgatorio muy decentito... Yo te aseguro que si Julio pasara ocho días con nosotros, curado radicalmente. En fin, el año pasado tuvimos ocho días en casa á un primo de Paca, pues este año canta misa... ¿Ha venido ya Julio de la oficina?

LUISA Está en casa. ¿Deseas verle?

MAN. Sí, tengo que hablarle... un asunto nuestro...

LUISA Le llamaré... ¡Calla! Es Adelaida.

ESCENA III

DICHOS y ADELAIDA por el foro derecha

ADEL. ¡Ay, Luisa de mi alma y de mi vida! ¿Dónde está tu madre?

LUISA ¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes?

ADEL. ¡Ay, qué desgracia, qué desgracia tan grande!...

MAN. ¿Qué le sucede á usted, Adelaida?

ADEL. Usted perdone, no le había visto.

MAN. Usted es quien ha de perdonar este modo de presentarme, no me he acostado en toda la noche, estoy sin lavarme todavía.

ADEL. Si usted no me lo dice... No estoy para fijarme en nada.

LUISA ¿Pero qué es ello?

ADEL. ¡Ay... ustedes no saben! ¡Es horrible! ¡Galán está á la muerte! ¡Quién sabe si habrá fallecido á estas horas!

LUISA ¿Eh?

MAN. ¿Qué nos dice usted?

LUISA Pero, ¿cómo es posible? Tan de repente.

ADEL. Ya saben ustedes que desde hace cuatro ó cinco días no salía de casa, que estaba muy acatarrado, pero, nada: Cristóbal iba á verle todos los días... Ayer mismo estábamos tan tranquilos; al anochecer ya nos mandó recado de que estaba peor, con bastante fiebre; Cristóbal fué á verle en seguida; á las once me mandó aviso de que se quedaba á velarle, que seguía con el recargo... Esta mañana, yo estaba impaciente porque Cristóbal no venía; mando á la muchacha y Cristóbal me dice que ha habido consulta y los médicos dicen que puede ser una pulmonía.

MAN. Pero no son más que temores.

ADEL. Figúrense ustedes, cuando á mí me dicen eso, es que la pulmonía se ha declarado ya. Dicen que toda la noche ha estado delirando, toda la noche á vueltas conmigo.

MAN. Era lo natural.

ADEL. El, que es tan prudente, tan reservado... cómo estará ese cerebro. ¡Se me muere, se me muere!

LUISA Yo creo que exageras el peligro...

MAN. De una pulmonía ha salido mucha gente.

ADEL. Pero ya verán ustedes cómo él no sale: como se trata de una persona decente, como es todo un caballero...

MAN. Esos no son motivos para que la enfermedad se agrave.

ADEL. Sí, señor, sí... se me muere... Ya verán ustedes cómo me salgo con la mía. Yo vengo á pediros un favor; tenéis que perdonarme, pero si en estos casos no recurre uno á los amigos...

LUISA Tú dirás en qué podemos servirte.

ADEL. Mande á preguntar si en un caso como este, no le parecería mal que yo me presentara en la casa. Yo, como puedes suponer, no he

estado nunca en ella; él vive solo con dos criados; un matrimonio de edad. Pero es lo mismo, ni acompañada de mi hermano y aunque viviera con un regimiento, yo no hubiera puesto los pies en su casa.

MAN. Con el regimiento sería más expuesto.

ADEL. Perdone usted que no me ría; no estoy para gracias.

MAN. Hablaba en serio.

ADEL. Ni siquiera por la calle en donde él vive he vuelto á pasar desde que formalizamos nuestras relaciones... ¡Cuántas veces me coge de camino y doy un rodeo! Comprendo que es una exageración, pero á mí, gracias á Dios, me han educado en esos principios. Pero en un caso como este, mi hermano ha sido el primero en aconsejarme que debo ir... Ahora que yo, de ninguna manera quiero presentarme sola, con una criada. Debo ir acompañada de una señora de respeto; por eso venía á que tu madre me hiciera el favor de acompañarme. ¡Será un favor de esos que no se olvidan nunca!

LUISA ¡Mujer! No es para tanto.

ADEL. ¡Ay, sí! En estos casos es cuando se conocen los verdaderos amigos; ahí tienes á los del segundo de la derecha; sabiendo lo que ocurre, se han estado tocando el piano toda la mañana sin ninguna consideración... ¿Dónde está tu mamá?

LUISA ¿No estaba en tu casa?

MAN. Sí, allí la he dejado.

LUISA Pues pasaremos las dos y se lo decimos; yo también quiero acompañarte.

ADEL. ¡No sabes cuánto te lo agradezco! ¡Con tal de que lleguemos á tiempo!

LUISA No pensemos en eso.

ADEL. Tomaremos un coche, porque, como voy por esas calles con esta cara de llorar. Mira, mientras tú avisas á mamá, yo subo á casa un momento á concluir de arreglarme... No sé qué me ponga. ¿Sombrero ó manto? ¿Qué te parece más propio?

LUISA ¡Mujer! Un sombrero... Anda, vamos... Ay,

perdona, con estas cosas se me olvidaba avisar á Julio... ¡Julio!... ¡Julio! Dile lo que ocurre. El irá también en seguida.

MAN. Y yo, y yo; no faltaba más.

ADEL. Muchas gracias; son ustedes muy buenos amigos... ¡Ay!... para mí es lo mismo que si me quedara viuda, un luto para toda la vida. ¡Diez años que nos conocemos y siete en relaciones, que se dice muy pronto!

MAN. Ya lo creo... Vaya, que le encuentre usted fuera de cuidado, que no sea nada.

ADEL. ¡Ay, no! Ya verán ustedes cómo no.. Ya me tengo tragada la píldora .. Se me muere, se me muere. Vamos, Luisita, vamos. (Salen Adelaida y Luisa.)

ESCENA IV

MANOLO y JULIO que sale por la izquierda

JULIO ¡Hola, Manolo!

MAN. ¡Hola, Julio!

JULIO ¿No estaba mi hermana contigo?

MAN. Sí; pero ha salido con Adelaida; han ido á buscar á tu madre para ir á casa de Galán. ¿No sabes lo que ocurre?

JULIO No.

MAN. Galán está muy malito, Galán se nos muere.

JULIO No. ¿De veras?

MAN. Eso dice Adelaida, pero como nos le ha llorado tantas veces durante el ciclo de sus amores, supongo que esta será una más; claro está que alguna vez será la definitiva, porque esas relaciones tan largas, aunque ellos digan que son para casarse, más parecen para enviudar. ¿Y tú? ¿qué dices? ¿Cómo van tus planes?

JULIO ¿Mis planes? No hablemos de eso. Don Hilario ha escrito á un amigo suyo que marchó muy joven á Buenos Aires, y ha hecho allí gran fortuna; espera su contestación; hasta recibirla...

MAN. ¿A tu madre aun no le has dicho nada?

JULIO — No. Comprenderás que pienso retrasarlo todo lo posible.

MAN. — Y Emilia, ¿está conforme? ¿Y su madre también?

JULIO — Su madre no, como puedes figurarte. Desde que me atreví á indicarlo, no cesa de aconsejar á Emilia en contra mía. Y Emilia ¿dices? ¿Cómo atreverme á responder de su resolución de mujer, si yo mismo, con ser un hombre, no me atrevería á responder de que al fin no me falte valor para todo?

MAN. — Es que es un paso tan serio... una aventura tan peligrosa... eso de irse á hacer fortuna, es cosa tan de novela...

JULIO — No; por desgracia es muy de la realidad. ¿No lees todos los días cómo emigra por millares la gente?

MAN. — Sí, pero es otra clase de gente; gente que no deja nada detrás de sí, que puede ganar algo y no tiene nada que perder.

JULIO — ¿Nada que perder? Es que para mí y para tí y para todos los que están en nuestra situación, perder ya es ganar mucho.

MAN. — No te entiendo.

JULIO — Pues yo sí.. Porque cuando nuestra posición ha llegado á ser insostenible en la vida, hay dos medios de mejorarla; uno subir, claro está, el preferible, el más gustoso, pero también el más difícil. Y á ese aspiro yo, y ese ambiciono, como es natural... Pero si no fuera posible me contentaré con el otro, descender en posición que es muchas veces el único medio de mejorar de vida. Si no puedo ser millonario, seré un obrero, un artesano, pero sabré que el jornal que gane, mucho ó poco, será mío, no de las apariencias á que me obliga esta medianía social, más miserable que todas las miserias. Si tengo un duro, sabré que es para comer y para vestirme una blusa y unos pantalones de pana y para pagar un cuarto blanqueado y con media docena de sillas; no como ahora que aunque tuviera el doble, ha de ser para la camisa planchada y el sombrero de copa y

las botas de charol y una casa tan triste y tan poco higiénica como la del obrero, pero con cursis apariencias que sin hacerla más sana ni más alegre la hacen ser más costosa. Y tendré más teniendo menos, porque todo será mío, no para aparentar lo que no soy, lo que no puedo ser. Saldré de esta clase media, debilitada, empobrecida de cuerpo y espíritu, por tantas comidas tasadas, por tantos goces sacrificados, por tanta mezquindad en cuanto expansiona la vida... Esta triste clase media, que hubiera podido ser una fuerza, si en vez de una caricatura de los de arriba, hubiera procurado ser un ejemplo para los de abajo.

MAN. Si tienes mucha razón, si estamos de acuerdo. Aquí para vivir en santa calma, diremos parodiando al poeta, ó falta dinero ó sobran necesidades. Y necesidades ficticias, impuestas por una falsa idea del decoro social. Y en nuestra clase no hay que pensar en revoluciones; ni somos bastantes pobres para que se nos compadezca, ni bastante fuertes para que se nos tema. Nuestra miseria, por culpa nuestra, que nos empeñamos en ocultarla, y digo empeñamos en toda la extensión de la palabra, será muy triste por dentro pero muy ridícula por fuera. ¡Lo que habremos dado que reir en esos teatros y esos artículos de costumbres! Y si algún día intentáramos reivindicaciones, nuestra bandera no sería la bandera negra de los hambrientos, ni la roja de los rebeldes; sería... los calzones de un señorito, la prenda interior, símbolo de nuestra pobreza, vergonzante y risible.

JULIO Pues es preciso salir de ella ó aceptarla con todas sus consecuencias. Como aquí no sería posible ninguna de las dos soluciones, porque sólo en luchar contra el medio, agotaría lo mejor de mis energías, marcharé donde á nadie deba cuenta de mis actos, donde sea tan dueño de mí, como si naciera de mi mismo, sin un nombre, sin una posi-

ción, sin respetos y sin tradiciones... Seré un aprendiz de la vida y en ella misma aprenderé á luchar con mis propios recursos, no como aquí, donde sería siempre lo que hicieron de mí, por errores de educación ó de cariño; el señorito de carrera, condenado á esta medianía de todo, sin más aspiraciones posibles que la lotería de las influencias ó de un buen matrimonio.. Vender la inteligencia ó el corazón ó todo á un tiempo. Yo no soy capaz de una cosa ni otra. Mi inteligencia, poco vale, pero es mía; mi corazón por ser tan mío lo entregué por entero... Sin pensar como pienso, sin amar lo que amo, esta vida mía no sería mi vida... ¡Ya ves si estaré dispuesto á defenderla! ¿Para qué decirte más? ¡Cómo se defiende la vida!

MAN. Si tienes razón, si estamos conformes. Este malestar es insostenible. ¡Pero le atan á uno tantas cosas! ¡Está uno tan agobiado! Sin ir más lejos yo tenía que pedirte un favor... y no me atrevo.

JULIO ¡Eso sí que no! ¿No has de atreverte?

MAN. ¡No me atrevo, no!... ¡Si sabré yo cómo andas! ¡Pero no tengo á quien recurrir.!...

JULIO ¡Ah, vamos! ¿Qué necesitas?

MAN. No, si es poca cosa. Para estos dos ó tres días que faltan de mes... Es que no tienes idea: entre un dinerillo que tomé el año pasado y que no acabaré de pagar nunca, aunque ya lo he pagado siete veces, las necesidades de la casa... Sólo en médico... Y gracias á que ahora nos curamos por la homeopatío y la botica es barata y al médico le pagamos lo mismo, á pequeñas dosis.

JULIO Bueno; ¿qué te hace falta?

MAN. ¡Que no me atrevo, hombre; que no me atrevo! ¿Puedes disponer de veinticinco pesetas... hasta el día primero?... En cuanto cobre... No faltaría más...

JULIO Sí, hombre, sí; aparte de lo que entrego para los gastos de casa, yo en mí no gasto nada; ahora menos que nunca.

MAN. De veras, ¿no es ningún sacrificio?

JULIO Te lo diría... Aquí tienes. (Dándole cinco duros en plata.)

MAN. Mira, no acepto más que tres.. y me arreglaré como pueda.

JULIO No seas tonto.

MAN. Hasta el día primero ¿eh? Y si las necesitas antes... Como si los necesitas ahora.

JULIO Que no, hombre; ¿cómo voy á decírtelo?

MAN. Es que me da mucho reparo. Muchas gracias, chico, muchas gracias... Es que tú no no sabes cómo ando.

JULIO Me lo figuro.

MAN. Sé que es inútil aconsejarle á uno cuando está amelonado; pero si valiera el consejo de mi experiencia te diría: «Chico, no te cases, no te cases de ninguna manera.» Y tú me dirías: «Y tú, ¿por qué te casaste.» Y yo te diría: «Pues por lo mismo que vas á casarte tú...» Y no todos tenemos la virtud de Galán para sujetar al amor al escalafón.. Además, que Galán, no se lo digas á nadie, y ¡qué diría Adelaida si lo supiera! Pero cuantas veces al ir á la oficina me le veo por la plaza del Carmen de chicoleos con alguna criada...

JULIO ¡Vaya con Galán!

MAN. Eso sí, sólo se dirige á las de buena casa; esas cocineras de rumbo que de la sisa se pagan un muchacho para que les lleve la cesta, muy repleta de cosas suculentas, porque ¡cuidado que debe comerse bien en algunas casas! Y lo que deben sisar esas cocineras; las hay que llevan pendientes de brillantes.

JULIO ¡Hola!... También tú te fijas...

MAN. No; me fijo más en la cesta; puedes creerlo.

ESCENA V

DICHOS y PEPE que sale por el foro

PEPE ¡Julio, Manolo! ¡Caramba, chicos!...

MAN. ¡Hola, Pepe!

JULIO ¿Qué es de tu vida? No pareces por la oficina. Yo pensaba ir á verte por si estabas enfermo.

PEPE No, por la oficina no, no voy ni pienso volver.

JULIO ¿Cómo es eso?

PEPE ¡Me he permitido el lujo de presentar la dimisión!

JULIO ¡Tú!

MAN. Dichoso tú que puedes permitirte esos lujos, porque supongo que será por conveniencia.

PEPE ¡Ay! ¿qué se yo? Vengo á despedirme.

JULIO ¿A despedirte?

PEPE Sí, me voy de Madrid, casi del mundo. ¡Me caso!

JULIO ¡Hombre!

MAN. Ahora comprendo la dimisión. ¡Buena boda! Lo que andabas buscando. No, si tú siempre fuiste un vivo.

PEPE Sí, sí... ¡No está mala viveza!

JULIO Bueno, hombre, cuenta. Nuestro regalo no podrá ser cosa mayor, pero las felicitaciones serán cordialísimas.

PEPE Ya sabes que yo andaba detrás de una de las de Somolinos, esas muchachas que llaman tanto la atención.

MAN. Sí, esas que les llaman las del dos mil por uno, en atención á los negocios de su señor padre.

PEPE Las mismas. Pues bien, yo las hacía el amor.

MAN. El plural me agrada.

PEPE Pluralizo, porque, la verdad, á mí lo mismo me daba una que otra.

MAN. Lo supongo; en esos casos el que importa es el padre.

PEPE Yo esperaba que partiera de ellas la preferencia.

MAN. ¡Coquetón!

PEPE Y, en efecto, una de ellas, creo que la mayor...

MAN. Las de más edad, suelen tener más prisa...

JULIO ¡Déjale hablar!...

PEPE Empezó á distinguirme; yo, naturalmente, pensé: «Esta es la mía», y desde luego renuncié á continuar insinuándome con las otras dos.

MAN. Esa delicadeza te honra.

PEPE Combinamos entrevistas, entablamos correspondencia... ¡Chicos! ¡Cada carta!... Yo hablando no me fijo, pero escribiendo... ¡Me salen á lo mejor unos parrafitos! En fin, chicos, la muchacha loca.

MAN. Y claro, una vez loca, se casa contigo.

PEPE ¿Pero quién ha dicho que sea con ella con quien yo me caso?

MAN. ¡Ah! ¿No es ella?

PEPE De ningún modo.

MAN. ¡Ah! Vamos ¿Es la otra hermana?

PEPE Tampoco.

MAN. Pues con la otra. ¿No son tres?

PEPE Con ninguna. ¡Esa es la idea que tenéis de mí! ¡Si á mí no me conoce nadie... más que yo.!..

MAN. Pues tú nos has dicho que vas á casarte; tú nos has dicho que hacías el amor á esa familia... Ahora resulta que te casas con otra. ¿Con quién te casas?

PEPE ¡Si á cualquiera que se le diga!... ¿No vais á reiros de mí? Vais á comprender que yo soy un romántico... porque tengo yo un corazón... porque todo lo que me pasa es por tener corazón... ¡Maldita sea!

MAN. Si te pones así... sospecho que no vamos á reirnos.

PEPE Vais á oir, hombre, vais á oir... Pues es el caso que para todo ese trajín de cartas, y que si la señorita sale á esta hora, y que si hoy no se acerque usted, y que si hoy puede usted acercarse, yo me entendía con una criada de la casa.

MAN. ¡No digas más! Es ella.

PEPE ¿Eh!

MAN. Te casas con la criada.

PEPE ¡Tú me conoces, Manolo! ¡Con la criada!

MAN. ¡Pero, hombre!

JULIO ¡Hombre!

PEPE — Como lo estais oyendo. ¡Con la criada! ¿No os dije que yo era un romántico?

MAN. — ¡Pero, Pepe!

JULIO — ¡Pepe!

PEPE — Ahí tienes. ¡Cosas de la vida! La pobre muchacha se desvivía por servirme... y yo, la verdad, como grandes propinas no podía darle... pues tenía que ser por simpatía y por serla simpático... pues, claro está, siempre le estaba diciendo chirigotas que á ella le hacían muchísima gracia:.. Y un día voy y le digo una cosa que yo digo siempre á las mujeres, por decir algo: «¿Qué día vamos á comernos ese arroz en las Ventas?» ¡A cuántas no se lo habré dicho! En fin, que se enredó el asunto, y que el asunto fué muy serio... y que yo no tengo corazón para ver llorar á una pobre muchacha que por mí ha perdido la casa y por mí se ve ahora como se ve.

MAN. — ¡Suprime descripciones!

PEPE — En fin, ya lo sabéis todo... y, en fin, que me caso... Y como no quiero que aquí los amigos se rían de mí, ni que mi mujer haga mal papel en ninguna parte, ni vivir aquí malamente con mi triste sueldo, máxime cuando ya tengo previsto que nos vamos á llenar de familia...

MAN. — Luego puede que no...

PEPE — Pues dejo mi destino, y nos vamos de aquí y tan ricamente. Yo tengo un tío cura; ¿no lo sabíais? Está en un pueblo, tiene allí alguna hacienda y vive muy bien; como que han querido hacerle canónigo y él no ha aceptado nunca... Antes de dar ningún paso, me enteré bien de cómo vivía, no hiciera el diablo que tuviera más sobrinos que yo y mi hermana, que son los únicos que les corresponden. No quería yo hacer mal tercio á nadie. Supe que no, que es un santo varón, y entonces me decidí á escribirle. Le propuse irme á vivir con él, cuidar de su hacienda; él está ya viejo... Me contestó muy conforme y muy satisfecho... que me espera con

los brazos abiertos...y allí me iré con mi mujer y lo que venga... y viviremos tranquilos y seré un labrador, para lo que estoy dando un repaso á la Agricultura que aprendí en el Instituto, aunque allí supongo que van á sobrarme todos los estudios. Conque ¿qué os parece? No vayais á reiros de mí; haced el favor, porque yo estoy muy serio.

JULIO ¿Reirnos? De ningún modo. Yo sé que por tu buen corazón, otros dirán por tu mala cabeza, lo cierto es que tú has acertado, tú rehaces tu vida. El campo te dará salud y bienestar y tú llevarás allí en cambio algo de cultura y cortesanía. La tierra de nuestros campos acaso no está tan necesitada de manos rudas que la cultiven como de manos blancas que la acaricien. Será una paradoja, pero yo creo que si nuestras cosechas son tan pobres es porque nuestras mujeres y nuestros poetas no amaron nunca el campo.

PEPE ¿De modo que no os reís de mí? ¿Que no os parece una barbaridad lo que hago?

MAN. Te dire Dentro de la barbaridad de casarte, sobre la cual yo tengo mi opinión particular y justificada, lo demás me parece muy acertado. Respirarás aire puro, comerás y beberás sustancias naturales, vestirás holgado, vivirás á tus anchas y tu mujer no tendrá nervios, que es lo más caro que puede tener una mujer, y tendrá siempre buen apetito, que es más barato que no tenerlo nunca y tener que estarse alimentando á todas horas.

PEPE Por favor, á tu madre y á tu hermana no les digas nada, ni tú á tu mujer. Más adelante yo les escribiré... dándoles parte de mi boda; diré que se trata de una señorita de pueblo, un partido que me ha buscado mi tío; la hija del alcalde. ¿Qué queréis, chicos?... Aun no he podido desprenderme de esas preocupaciones.

ESCENA VI

DICHOS y RAMONA por el foro derecha

RAM. Con permiso... Señorito Manolo.

MAN. ¿Qué ocurre?

RAM La muchacha de ustedes, de parte de la señorita, que ha venido el médico y la señorita quiere que esté usted presente, porque la señorita se siente muy mala y no quiere la señorita que luego diga usted que son ponderaciones de la señorita.

MAN. ¿Y qué he de decir? Me trae más cuenta no decir nada. Voy en seguida. (Vase Ramona por el foro derecha.) Vamos, chico, Pepe; mi más sentido pésame, por la parte matrimonial, se entiende.

PEPE Yo tambien salgo.

JULIO Y yo. Voy á casa de Galán; me parece mal no dejar siquiera una tarjeta.

MAN. Yo iré más tarde; digo, si el estado de Paquita me lo permite.

ESCENA VII

DICHOS, DOÑA CARMEN y DOÑA TERESA por el foro derecha

CAR. (Dentro.) Pase usted por aquí. (Salen.)

PEPE Señora.

MAN. Tía Carmen.

TER. Adiós, Julio.

JULIO ¿Y Emilia?

TER. No está hoy nada buena. En casa se quedó con una de sus primas que ha ido á hacerle compañía.

MAN. (A doña Carmen.) ¿De modo que Galán?

CAR. Nos le encontramos tomando un sopicaldo como si tal cosa. Ya suponía que Adelaida exageraba.

MAN. De modo que está para ir tirando otros siete años.

JULIO A su casa iba yo.

CAR. Sí, debes ir. Ya sabes que Adelaida agradece mucho esas atenciones.

JULIO (Despidiéndose.) Doña Teresa...

TER. Adiós, Julio. He venido á preguntar á tu madre las señas de una costurera que nos recomendó.

JULIO No preguntaba nada.

PEPE (A doña Carmen.) Dé usted recuerdos á Luisita. Julio les dirá á ustedes por qué no vengo á visitarlas.

MAN. Hasta luego, tía.

JULIO Hasta luego, mamá. (Al salir, aparte á Manolo.) Esta visita me da en qué pensar.

MAN. Conjura de consuegras... ¡Sí hay para preocuparse! (Vanse Julio, Manolo y Pepe por el foro derecha.)

ESCENA VIII

DOÑA CARMEN y DOÑA TERESA

TER. Siento que me haya visto Julio. Yo venía á esta hora porque creí que él no estaría en casa. Ahora, de seguro, se figura algo.

CAR. Y él que ya piensa que las dos estamos de acuerdo.

TER. No era preciso que nos pusiéramos de acuerdo para pensar lo mismo. De eso quería hablar con usted. No es que Julio no sea un excelente muchacho de esmerada educación, de buen carácter .. tal vez en camino de conseguir una posición el día de mañana, sobre todo, si él, en lugar de distraerse, procura cultivar relaciones, buscar influencias... Usted sabe que hoy día, sin influencias no se consigue nada. Pero esta precipitación por casarse... ¿quiere usted decirme? Dos chiquillos... Verdad es que yo me casé á los quince años, pero mi marido tenía treinta y ocho, y todo estaba compensado. Verdad es que tampoco contábamos, con

grandes medios, pero usted sabe que aquellos tiempos no eran estos. Hoy la vida cuesta mucho más; las necesidades y las exigencias son mayores.

Car. Es de lo que no se hacen cargo esas criaturas.

Ter. Por lo pronto, habíamos de vivir todos juntos. Inútil pensar en sostener tres casas; gracias que pudiera sostenerse una. Y por muy buen carácter, por mucha educación que se tenga, usted sabe lo ocasionado que es esto á rozamientos, á disgustos.

Car. Sí, señora, sí. No me diga usted nada.

Ter. No obstante, yo pasaría por todo, por no contrariar á mi hija, porque nunca pudiera decirme que yo me había opuesto á su felicidad.

Car. Los jóvenes creen que la felicidad sólo consiste en quererse mucho. Y usted sabe, que por enamorada que una se case, ese cariño, todo de ilusión, dura muy poco; después, sí, puede ser otro cariño más duradero, más reposado, pero en el que entran muy poco las ilusiones; al contrario, en el que hay que resignarse á irlas perdiendo día por día... Y quizás el cariño más apasionado es el que menos se resigna á perderlas, el que menos sabe sobreponerse á los desengaños. Y es lo que más me asusta en ese hijo mío. ¡Es tan vehemente para todo!

Ter. Sí, señora, sí... ¡Si usted le oyera con mi hija! No piensa más que en el modo de hacer dinero, una gran fortuna, como él dice... Lo peor es que mi hija no piensa tampoco en otra cosa. ¡Lo que á ellos ha podido ocurrírseles! Empresas, inventos, no digamos sus ilusiones con la lotería. En fin, señora, un día me los encontré dando gritos; me asusté, creí que reñían... Era que estaban diciendo versos de no sé qué drama... Habían pensado dedicarse al teatro.

Car. ¡Chiquilladas!

Ter. Sí, señora... hasta aquí podía tomarse á risa; chiquilladas, como usted dice; pero lo que

Julio piensa ahora, es más serio... Yo no sé si usted sabe ..

CAR. Sí, señora; sé que mi hijo quiere marcharse á América.

TER. Pero usted no sabe que le han escrito de allí ofreciéndole una colocación que él cree tener ya una fortuna asegurada. Y usted comprenderá que si yo, aun podría resignarme á aceptar para mi hija una posición modestísima, pero con relativas seguridades, no puedo consentir lo mismo en exponerla así á los azares de una aventura disparatada... ¡Separarme yo de mi hija! ¡Si es todo lo que me queda en el mundo!... Y habrá madres que quieran á sus hijos, señora, ¡pero como yo á esta hija mía!...

CAR. Pues pida usted á Dios que su hija no esté tan enamorada como mi Julio; de otro modo, el cariño de su madre significará tan poco para ella como significa el mío para mi hijo.

TER. Eso no; mi hija me quiere; ¡cómo no ha de querer á su madre! Por enamorada que esté, aun comprende que no puede sacrificarme de ese modo. Y si Julio cree que sólo marchándose en busca de aventuras es posible su matrimonio, tenga usted la seguridad de que mi hija no consentirá nunca en abandonarme.

CAR. Si su hija de usted piensa de ese modo, ella es quien debe decírselo; de otro modo, mi hijo seguirá pensando lo que piensa.

TER. Por eso he querido hablar con usted.

CAR. Para que sea yo quien se lo diga... ¡Ay, señora! Hice el firme propósito de no volver á hablar con mi hijo de este asunto... Y es, que voy á serle á usted franca; más que en cuanto yo pudiera decirle, confiaba en lo que había de suceder.

TER. No sé por qué dice usted eso. Si alguien ha cambiado de modo de pensar, no ha sido mi hija ciertamente. Su hijo de usted nunca habló de semejantes proyectos.

CAR. De cualquier modo, yo bien sabía que tanto

usted como su hija, habían de pensarlo mejor. La posición de mi hijo no es la que se merece su hija de usted, que, aunque sólo fuera por su belleza, ha de tener otras aspiraciones.

TER. Me sorprende que hable usted así... Usted misma ha pensado siempre que esa boda era una locura... Más que yo á mi hija ha contrariado usted á su hijo .. No comprendo cómo ahora parece disgustarle lo que usted deseaba más que nadie.

CAR. Entonces es que no comprende usted cómo somos las madres.. Es que ahora veo que en todo esto no ha habido más que una víctima, mi pobre hijo... que tomó en serio lo que para su hija de usted sólo era un pasatiempo.

TER. Nos ofende usted con esas suposiciones.

CAR. No, señora: no hay ofensa en creer que su hija de usted ha pensado con más juicio que mi hijo.

TER. Para mi hija, su madre es antes que todo.

CAR. Desgraciado entonces el hombre que se case con ella.

TER Entonces, usted hubiera visto con gusto que su hijo de usted la hubiera abandonado sin pena.

CAR. Por una mujer digna de su cariño, nada me hubiera importado.

TER. Dice usted eso porque sabe usted que ninguna mujer le hubiera á usted parecido bastante digna del cariño de su hijo. ¿Hay alguien que nos parezca bien á las madres cuando nos roban el cariño de nuestros hijos?

CAR. Pero no es razón para que no deseemos que si alguien ha de robarnos su cariño, sea quien pueda hacerlos dichosos; no es razón para alegrarnos á costa de sus desengaños y de su pena. Yo hubiera preferido siempre que fuera él el que pudiera decirme: «¿Ves cómo soy muy dichoso, ves cómo esa mujer merece mi cariño?» Ahora veo que soy yo quien tenía razón, que es él quien se ha

engañado, y ahora es mayor mi pena. ¡Pobre hijo mío!

TER. Perdone usted que siga pareciéndome inexplicable su actitud de usted. Si algo ha influído más que nada en la resolución de mi hija, ha sido la antipatía que usted la demostraba, la oposición de usted á sus relaciones con mi hija. Julio le dirá á usted si de mi parte puede decir lo mismo.

CAR. ¡Confiaba usted tanto en el buen juicio de su hija! Yo no podía esperar en el de mi hijo. ¡Le veía tan enamorado! Usted ha sido más dichosa. No es extraño que ahora sintamos de distinta manera.

TER. Dejo á usted, porque no quiero olvidar que estoy en su casa.

CAR. Yo no necesito recordar que estoy en ella para respetar á usted, como para respetarme á mí misma.

TER. No era así como yo esperaba que usted me oyera.

CAR. Yo, en cambio, la he oído á usted como esperaba... y tan razonable como la creí siempre.

TER. Siga usted bien, señora.

CAR. Muy señora mía.

LUISA (Saliendo por el foro.) Mamá... mamá... Doña Teresa, ¿cómo está usted?

TER. Bien, ya lo ves... Ya me despedía.

CAR. Sí, ya se despedía...

LUISA ¿Y Emilia?

TER. Bien, gracias... No se moleste usted, señora.

CAR. Acompaña á doña Teresa, hija mía.

TER. Muchas gracias, señora... (Vase por el foro derecha acompañada de Luisa, la cual vuelve á salir al poco rato.)

ESCENA IX

DOÑA CARMEN y después LUISA por el foro derecha

LUISA ¿Qué te pasa, mamá? ¿A qué ha venido doña Teresa? Os he encontrado tan cere-

monioeas... ¿Te ha dicho algo desagradable? ¿O has sido tú?... la verdad... Vamos, dime.

CAR. ¿Desagradable? No... Lo que yo esperaba, lo que yo sabía... Que esa chiquilla no ha hecho más que coquetear para reirse de tu hermano. ¡Y ese pobre hijo mío tan ciego, tan ilusionado que no lo veía!

LUISA Pero ¿qué te ha dicho doña Teresa?

CAR. Lo bastante para comprender que tu hermano ha servido de diversión á la madre y á la hija... Que ella no se separa de su hija, que por su parte ha terminado todo, porque su hija no está dispuesta á correr aventuras. ¡La aventura de casarse con un pobre! ¡Claro está!... Pero un pobre que no ha buscado una mujer rica como otros muchos, que no tienen su talento ni su figura... ni su educación... Y ahora la señorita se dará el tono de ser ella la que le deja plantado, para casarse con algun protegido de su tío, alguno que á sus primas les habrá parecido poco y se lo ceden á ella, como los vestidos y los sombreros de desecho que luce la muy cursi.

LUISA ¡Mamá, mamá! Nunca te he oído así .. No te exaltes... ¿y sabe Julio?...

CAR. No... Si ellas no se atreverán á decírselo... quieren que sea yo... Como ellas están tan satisfechas, creen que para mí es también una satisfacción... Y lo es, lo es... Si yo me alegro mucho. Ahora verá tu hermano si su madre tenía razón, si era egoísmo de madre, como él decía, porque ese hijo creía que era por egoísmo si yo me oponía á esas relaciones. ¡Si el corazón de las madres no se engaña nunca! Si para mí es una satisfacción... ya lo creo que lo es... lo que hay es... que tengo una rabia... rabia de que se hayan burlado de mi hijo... y la pena de su desengaño tan grande... porque para él será un desengaño... Le costará una enfermedad, si no hace alguna locura... Verás tú, verás tú, con su carácter tan vehemente... ¡Dios mío, Virgen mía! ¿Por qué no serán siempre unas

criaturas estos hijos, que pudiera uno tenerlos junto á sí, siempre en los brazos, siempre niños?...

LUISA ¡Pero, mamá, mamá! ¿Y eres tú la que no sosegaba pensando en que Julio pudiera realizar sus proyectos? No me decías ayer mismo... «¡Dios mío, Dios mío! Si ya que mi hijo está loco, esa muchacha tuviera juicio...» Y cuando Dios te ha oído, cuando debes estar contenta, porque ya Julio no pensará en marcharse ni en separarse de nosotras, en vez de agradecerlo te desesperas de ese modo. ¿No llorabas perdido á tu hijo? Pues ya le tienes, tuyo otra vez, más tuyo que nunca.

CAR. Sí, buen consuelo. Y triste suerte las de las madres... Solo podemos decir que tenemos hijos cuando la vida nos los trae tristes y desengañados á buscar el refugio del único cariño que no falta nunca, que lo perdona todo... Es el corazón de las madres como los nidos; allí es el piar triste de los pajarillos cuando necesitan de las madres calor, alimento y cariño; pero el volar y el cantar alegres ya es muy lejos del nido, muy lejos de las madres. Y cuando vuelven á nosotras ¿cómo hemos de alegrarnos? si sabemos que vuelven á llorar sus tristezas y sus desengaños...

ESCENA X

DICHAS, DON HILARIO y JULIO por el foro derecha

JULIO Pase usted, don Hilario.

HIL. Doña Carmen... Luisita...

JULIO ¿Lo ve usted? Las dos llorando... Y es todos los días... Siempre... Y por mí... Esto no puede ser.

HIL. Julio tiene razón... No debe ser.

CAR. Sí, ahora, al contrario, lloraba casi de alegría. Nunca he estado tan contenta.

JULIO Sí, ya lo veo... Ven aquí, mamá... Usted

también. He traído á don Hilario conmigo, porque quiero que hablemos razonablemente, sin lágrimas, sin recriminaciones... porque mi resolución es irrevocable... Me caso con Emilia y nos marchamos á América, á Buenos Aires... No hay otra solución para todos..

LUISA ¡Hermano!

CAR. Está bien, hijo mío. ¿Crees que en eso consiste tu felicidad? ¿Que tu madre es el único estorbo?...

JULIO ¡No hables así; no quiero oirlo...

CAR. No, si estoy muy tranquila, ya lo ves... Así quiero verte cuando sepas lo que yo sé.

JULIO ¿Lo que tú sabes?

CAR. ¿Tienes ya todo dispuesto para ese viaje?.. ¿Cuentas ya con una posición segura, ventajosa...

JULIO Hable usted, don Hilario. A mí acaso, no me creería.

HIL. Pues, sí, señora... Julio vino á consultarme; yo aprobé en todo sus proyectos, me ofrecí á escribir á un íntimo amigo que está establecido en Buenos Aires, persona muy seria, muy inteligente, que ha contestado á mi recomendación en favor de su hijo de usted, del modo más satisfactorio...

JULIO Esta es la carta... Lee, lee. Un empleo muy lucrativo que me permite iniciativas... desde luego mejor retribuído que aquí... y sin la pesadumbre de tener que vivir como un señorito. Y en él tendré la satisfacción de trabajar en algo útil, provechoso. No sentiré el descorazonamiento que se apodera de mí en nuestras oficinas, despachando expedientes y revolviendo papeles, cuya utilidad no se me alcanza siempre, y me hace pensar muchas veces si no serán nuestras oficinas una piadosa fundación de la caridad oficial, en favor de esta desvalida clase media que no puede refugiarse en otros asilos...

HIL. Sí, señora, sí... la posición que mi amigo ofrece, es excelente para quien vaya dispuesto á trabajar... Ya lo sabe Julio; allí

hay que dejarse de ser señorito intelectual que solo emplea su intelectualismo en criticar á los que trabajan. Inteligencia, la que basta para ponerla al servicio de una buena voluntad. Voluntad sobre todo... la voluntad que edifica; la voluntad que convierte los sueños en realidades... No como aquí, donde nos pasamos lo mejor de la vida maldiciendo del que construye, porque no construye el edificio que nosotros soñamos... que es tan hermoso, tan hermoso que naturalmente no llegará á construirse nunca... Y porque el edificio no puede ser como el de nuestros sueños, nos pasamos la vida á la intemperie, mientras los que no piensan tanto, ni critican tanto, se construyen su buena casa y sus grandes palacios... de muy mal gusto muchas veces, pero muy sólidos y muy confortables.

JULIO Pues como ellos, quiero yo levantar mi casa, sea como sea... Y sobre tierra nueva, no sobre ruinas.

CAR. ¿Tú solo? ¿Tiene ya Emilia noticia de esa carta?... ¿Has hablado con ella y con su madre como ahora conmigo, de tu resolución definitiva, irrevocable?...

JULIO Emilia no dudará... si es verdad su cariño.

CAR. Ya reparas en esa condición.

JULIO No.

CAR. Si es verdad su cariño has dicho.

JULIO Lo es.

CAR. ¿Sabes que estuvo aquí doña Teresa?... ¿Sabes lo que ha venido á decirme?

JULIO Si habló contigo... Sí, cosas vuestras... Nuestra locura, el disparate de los jóvenes enamorados, casarse sin dinero... hablaríais de la carestía de los comestibles; saldría á relucir vuestra frase... «todo está por las nubes...»

CAR. Yo nada dije... fué doña Teresa... es Emilia. Por nada de este mundo, entiéndelo bien, por nada consiente en separarse de su hija.

JULIO Pero Emilia...

CAR. Emilia piensa lo mismo. Y han querido

que lo supieras por mí. Pero si no me crees, puedes preguntárselo á ellas, á las dos. No sé si al saber que esa posición que te ofrecen es tan brillante, cambiarán de modo de pensar... pero temo que no... ya lo oyes... lo temo... porque yo por verte dichoso... no te hubiera detenido nunca... ni con mis lágrimas... ni con decirte que eras un ingrato para tu pobre madre que ha sacrificado su vida por vosotros para verse abandonada en su vejez sin pena y sin remordimiento.

JULIO ¡Mamá!

HIL. ¡Señora!

JULIO ¿Oye usted? No puedo más, no puedo más. No puedo oir que me llamen ingrato... Eres mi madre, te lo debo todo, todo... Mi vida es tuya... bien lo he demostrado, porque para tí no he sido otra cosa, tu hijo, tu hijo siempre, tu hijo... pero no me has dejado ser hombre... Me tuviste siempre acobardado, sin voluntad propia, temeroso de disgustarte, temeroso de vivir... de pensar por mi cuenta. Pero el mismo sentimiento que habló en tí al darme vida, habló en mí, á pesar mío, porque temí siempre esta lucha que nos ha obligado á tí á ser cruel conmigo, y á mí, tal vez á ser ingrato.

CAR. ¿Oye usted?... ¿Oye usted á mi hijo?

HIL. Sí, señora, le oigo... y oigo á usted también, y oigo á la vida, que habla sobre todos y nos dice que los hijos no son solo hijos nuestros, son hombres para la humanidad. Madres ancianas, patrias viejas, no llameis ingratitud al abandono... Los hijos no se separan nunca de las madres... No vió usted, muchas veces, al ir por las calles, por un paseo con sus hijos, usted con otros señores de edad, ellos con otros jovenes, cómo al andar los jóvenes se hallaban á mucha distancia y ustedes, los viejos... les gritaban: «Niños, hijos, no corrais, no os separeis... vais á perderos...» y ellos, sin acortar el paso, responder desde lejos: «No nos separamos, estamos aquí... es que vamos de-

lante.» Es injusto egoismo, que la vida no consiente, pretender que la juventud vaya al paso de la vejez, ni desalentarla con nuestra experiencia desilusionada, cuando ella emprende su camino llena de ilusiones. ¿Qué diríamos de un general que antes de entrar en acción con sus reclutas, les llevara á visitar un cuartel de inválidos? Muchos quedarán muertos en la batalla; muchos volverán mal heridos... pero hay que dar la batalla con la ilusión de la victoria, con el sonar de las músicas triunfales en los oídos y el flamear de las banderas en los ojos; y si hemos de sucumbir, cara á la vida, volviendo la vista á los que nos siguen, á los que quedan, á los que han de triunfar pasando sobre nuestro cuerpo; y en la batalla incesante de la vida, los que quedan son estos, estos los que han de ir á la victoria, cuando nosotros hayamos sucumbido, nuestros hijos los jóvenes...

ESCENA XI

DICHOS y EMILIA por el foro derecha

EMILIA — Julio...

JULIO — ¡Ah! Emilia. Eres tú... ¿Lo ves? Es ella. Viene á responderte por mí, por los dos. ¿No es verdad?

EMILIA — Doña Carmen... Luisa...

LUISA — ¿Vienes sola?

EMILIA — Mi madre me dijo que había hablado con usted, que habían ustedes tenido un disgusto. Que usted consideraba que todo había concluído entre su hijo de usted y yo; que me había usted acusado de coqueterías, de burlas...

JULIO — Yo no lo he creído. Son nuestras madres.

EMILIA — Mi madre no sabe nada que he venido; salí con la muchacha. hubiera venido yo sola.

JULIO — Hiciste bien.

EMILIA — Necesitaba verte, hablar contigo... Tú no puedes creer como yo no he creído tampoco... Mi madre ha tomado en serio tu proyecto de viaje... yo sé que no es verdad, que no lo piensas...

JULIO — ¿Tú crees?

CAR. — Ya lo oyes.

EMILIA — Mi madre ha creído que yo podía dejarla á sus años sola en el mundo. No ha pensado que tú también tienes una madre como la mía.

CAR. — Tú eres buena hija.

JULIO — Emilia... Dejadnos, dejadnos. Sí, hemos de hablar, hemos de hablar, pero los dos solos.

EMILIA — Para qué... todos pueden oirnos.

JULIO — No; los dos solos... Déjate de miramientos ridículos... No somos dos novios, ni dos chiquillos. Somos un hombre y una mujer que en esta hora deciden de su porvenir para siempre. No quiero que entre nosotros se interpongan reflexiones de nadie. Hemos de hablar lealmente. Don Hilario, acompañe usted á mi madre; Luisita... Déjennos ustedes. Déjanos, madre; si estoy muy tranquilo... Emilia, no tienes que temer nada. (Vanse todos menos Julio y Emilia.)

ESCENA XII

EMILIA y JULIO

JULIO — ¿Tú creías que mis proyectos no eran serios? ¿Tú crees que debemos aceptar nuestra situación presente?

EMILIA — No sé... hemos pensado tantas cosas... hemos soñado tanto... Pero yo nunca creí que nada de eso fuera posible...

JULIO — Lee esta carta.

EMILIA — ¡Me asustas!... ¿Era verdad?

JULIO — Lee, lee.

EMILIA — Es para don Hilario... No, Julio, no.

JULIO — Ya ves que había pensado en ello muy en serio... que es nuestro porvenir.

EMILIA No, Julio, no... Me da miedo. Es una aventura peligrosa... tan lejos... y nuestras madres... No; dime que no es verdad... que fué por poner á prueba mi cariño.

JULIO Quizás por no ponerle á prueba, por no obligarte á esta pobre vida... que sería á cada hora con muy pocas de ilusión, porque la realidad se nos impondría pronto, lo que es... un continuo disgusto, una continua lucha de mezquindades, de la que saldría destrozado nuestro cariño.

EMILIA No, eso no... Yo soportaría gustosa todas las privaciones... yo me avendré á todo sin sacrificio... Pero ese viaje, no... Me da mucho miedo.

JULIO ¿A la resolución suprema y fuerte, prefieres la resignación de todos los días?... ¿Te falta valor para separarte de tu madre y lo tendrás para amargar su vida continuamente, llorando privaciones y disgustos, ó viendo como ella los llora por tí, aunque en tí hubiera fortaleza para no llorarlas?

EMILIA No, Julio. No me pidas ese valor que sería una crueldad. Es matar á mi madre... piénsalo... Yo no puedo ser una mala hija.

JULIO Es decir, que yo soy un mal hijo. Y si lo soy, piensa que es por tí... Pero yo sé que es más noble, más leal, para nosotros, para todos, aunque parezca más doloroso, prevenir discordias, evitar recriminaciones...

EMILIA Si mi madre consiente gustosa... si tú verás como aquí también podemos ser felices. Pasaremos algunos años como se pueda... pero mi familia tiene muy buenas relaciones, ha de ayudarnos. Tendrás otro empleo... ¿quién sabe? Si sabemos vivir... hay que tener paciencia... Tú verás cómo conseguimos algo.

JULIO Para eso sí, para la intriga menuda, para lograr la recomendación vergonzosa, el arrimo de las influencias... para eso sí estás dispuesta á ayudarme... No te falta más que decirme que con una mujer como tú cualquier hombre puede aspirar á todo.

EMILIA ¡Mira lo que dices, Julio!

JULIO — Tú dices bien en cambio; hablas como una mujer... como nuestras mujeres. Así me han hablado á mí siempre... Paciencia, maña... intriga... Otros han subido, hay que saber vivir—vivir así, rodeado de faldas.—¿Verdad? Vida española. Labor de antesalas y despachos. . Pero luchar á la luz, con el propio esfuerzo... sin la falsedad de una traición á nosotros mismos, ni de una mentira con los demás... Eso no. Para eso hace falta un valor sobrehumano.—Eso no—ni por el cariño de un hombre, que por tí es capaz de todo.

EMILIA — Ya lo veo.

JULIO — De todo lo que no me creí capaz nunca, porque yo también me eduqué como tú, para la resignación, para esperarlo todo de los demás... y hasta que no sentí este cariño no me sentí con fuerzas para lograrlo contra todos, hasta contra la cobardía en que me educaron... Pero cuando sentí mi voluntad más fuerte, yo confiaba en tí para sostenerme... para luchar los dos juntos por nuestro cariño, por nuestra felicidad, por nuestros hijos... que no sufrirían como nosotros; porque nosotros á costa de pasar por ingratos con nuestras madres, les hubiéramos asegurado el derecho á ser felices, á no sacrificar su corazón como tú quieres sacrificar el nuestro.

EMILIA — Yo no, Julio, yo no.

JULIO — Entonces...

EMILIA — Eres tú, tú .. Cede...

JULIO — No cedo... No sabes lo que es la voluntad de un débil, cuando una vez tiene voluntad... Decide... decide en este instante.

EMILIA — Qué quieres que decida. Ese viaje no; me da miedo, mucho miedo. Escucha, Julio, verás... esperemos lo que tú quieras, yo esperaré siempre... Verás... lo que tú quieras. Somos jóvenes... Si tú crees... Ahora, pudieras ir tú solo y después, si en efecto... si allí fuera posible... ¿Qué dices? No confías en mí... Yo te esperaré siempre

JULIO Sí; dices bien. ¡Iré yo solo, solo! Ahora más que nunca. ¡Pero tú no me esperes!

EMILIA ¡Julio!

JULIO No, no me esperes. Has dicho lo que yo no pensaba oir.

EMILIA ¿Lo ves? Eres tú el que me olvida... tú el que me rechazas...

JULIO Yo, sí... como quien rechaza su cobardía; como quien rechaza sus vacilaciones; como quien quiere tener voluntad por fin... Déjame, Emilia, déjame.

EMILIA ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué dices?

JULIO Vuelve con tu madre... vuelve á ser hija... hija siempre, una buena hija .. Yo soy muy malo, ya lo ves, soy muy malo.

EMILIA Estás enfermo. No puedes pensar lo que dices... ¡Ay! No puedo más. No quiero que me vean así... Saldré... pero dime que vendrás á verme. ¿Vendrás, Julio, verdad? Te espero, te espero siempre... toda la vida...

JULIO No, no me esperes. He dicho que no me esperes. Déjame solo, solo... (**Vase Emilia llorando por el foro derecha.**)

ESCENA ULTIMA

JULIO, DOÑA CARMEM, LUISA y DON HILARIO salen por la izquierda

CAR. ¡Hijo mío!

LUISA ¡Hermano!

CAR. ¿Y Emilia?...

JULIO Ya lo ves... No está aquí. Aquí tampoco. Tiene miedo, mucho miedo... La asustó mi cariño; la asusta la vida... Ha terminado todo.

CAR. Hijo mío... entonces...

LUISA Ya no pensarás en dejarnos...

JULIO Sí; ahora más que nunca. Una ilusión que se va no es toda la vida. Ahora más que nunca, para que nunca vuelva á pesar sobre mi corazón lleno de vida, la pobreza de esta

vida nuestra. A conquistar el derecho al amor, á la felicidad... el de mis hijos...

CAR. ¿Oye usted?... ¡Hijo mío!

HIL. Déjele usted. No acobarde usted más sus energías... Hubo una madre como usted... nuestra vieja España, que un tiempo fué pródiga de sus hijos y por ello dió vida y espiritu á esas naciones hijas de su raza, que son hoy su mejor, quizás su único orgullo... Que el amor y la bendición de su madre le acompañen; pero déjele usted ir... Hay algo más sagrado que un sepulcro, una cuna... hay algo más grande que el pasado... el porvenir.

TELON

Obras de Jacinto Benavente

PUBLICADAS EN TRECE VOLÚMENES, SEGÚN HAN SIDO ESTRENADAS.—SE VENDEN Á 3,50 PESETAS CADA TOMO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio (Monólogo).
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos
Cuento de amor comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.

Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, ídem íd.
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Mas fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

Precio: 1,50 pesetas